

VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES
POR
ROMAIN ROLLAND

I · VIDA DE BEETHOVEN

TRADUCCIÓN
DE
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

MADRID

VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES

POR

ROMAIN ROLLAND

I · VIDA DE BEETHOVEN

TRADUCCIÓN

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



PRIMERA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE III. VOL. I.

VIDA DE BEETHOVEN



VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES

POR

ROMAIN ROLLAND

I · VIDA DE BEETHOVEN

TRADUCCIÓN

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Con unas palabras de Romain Rolland

a la

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



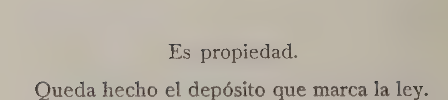
PRIMERA EDICIÓN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE III.—VOL. I

MADRID

1915



Imprenta Clásica Española, Cardenal Cisneros, 10. Telef. 4430.—Madrid.

DE

ROMAIN ROLLAND

A LA

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

(CON MOTIVO DE LA PRIMERA EDICIÓN ESPAÑOLA

DE LAS *VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES*)

EN toda Europa, en el mundo entero, está hoy empeñada la lucha entre el alma libre y los poderes autoritarios que la han esclavizado por tanto tiempo. No nos es permitido permanecer neutrales. ¡Almas libres, vamos al combate que ha de decidir el progreso del mundo!

Para vencer, armémonos con la fuerza de las almas grandes que, tanto tiempo atrás, nos han enseñado el camino de la redención y nos han descubierto el Dios nuevo, el Hijo del Hombre nuevo que encarna todas nuestras aspiraciones hacia una humanidad más libre, más generosa,

más justa y más feliz. Tenemos nuestros Profetas: *Beethoven, Goethe, Tolstoy... ¡Háblennos ellos, y que a su voz se escriba el nuevo* Libro de la Vida!

Hombre, ayuda al cielo, y el cielo te ayudará.

ROMAIN ROLLAND.

París, Mayo, 1914.

PRÓLOGO

A LAS

VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES

«Quiero demostrar que todo el que obra bondadosa y noblemente, puede, por lo mismo, sobrellevar el infortunio.»

BEETHOVEN

Al Municipio de Viena, el 1 de Febrero de 1819.

UN aire denso nos envuelve. Europa, la vieja, se envilece en una atmósfera cargada y viciosa; pobres materialismos sin grandeza pesan sobre el pensamiento y entorpecen la acción de los gobiernos y de los individuos; se muere el mundo asfixiado en su egoísmo miserable, y, al morir, nos ahoga. Abramos las ventanas para que entre el aire puro; respiremos el aliento de los héroes.

Para los que no se resignan a la me-

diocridad del alma, la vida, ¡tan dura!, es un combate diario, lucha triste las más de las veces, guerreada sin grandeza ni fortuna, en la soledad y en el silencio. Esclavos de la pobreza, de las agrias necesidades caseras, de las exigencias aplastantes y estúpidas, en que las fuerzas se gastan inútilmente, la mayoría de los hombres viven separados unos de otros, horros de esperanza y pobres de alegría, sin tener siquiera el consuelo de poder dar la mano a sus hermanos en la desgracia, que nada saben de ellos y de quienes ellos nada saben. Cada uno cuenta sólo consigo mismo; y hay momentos en que los más fuertes, rendidos bajo el peso de su dolor, demandan socorro y amistad.

Por ayudarlos, me propongo reunir en torno de ellos los Amigos heroicos, las almas grandes que se sacrificaron por el bien. Estas *Vidas de Hombres Ilustres* no van al orgullo de los ambiciosos, sino a la tristeza de los desven-

turados. (¿Y quién no es desventurado en el fondo?) Derramemos sobre los que sufren el bálsamo del sagrado sufrimiento... No estamos solos en el combate. La noche del mundo resplandece de luces divinas. Hoy mismo, bien cerca de nosotros, acabamos de ver brillar dos de las llamas más puras, la de la Justicia y la de la Libertad: el coronel Picquart y el pueblo boer; llamas que, si no han acabado de esclarecer las espesas tinieblas, nos han enseñado, en un relámpago, el camino. Vamos en pos de estos hombres y de todos los que, como ellos, lucharon, un día, aislados, perdidos en todos los países y en todos los tiempos. Arranquemos las vallas de los siglos. Que el pueblo de los héroes resucite.

No llamo héroes a los que triunfaron por el pensamiento o por la fuerza, sino a los que fueron grandes de corazón. Como ha dicho uno de los más altos de entre ellos, aquel cuya vida he-

mos de contar en este libro, *no reconozco otro signo de excelsitud que la bondad.* No hay hombres insignes sin bondad, ni tampoco grandes artistas, ni grandes hombres de acción; puede haber falsos ídolos que exalta una multitud envilecida; pero los años destruyen juntamente ídolos y multitudes. El éxito nada nos importa. Se trata de ser grande, no de parecerlo.

La vida de aquellos cuya historia vamos a intentar narrar aquí, casi siempre fué un prolongado martirio. Sea que un trágico destino quisiera forjar sus almas en el yunque del dolor físico y moral, de la enfermedad y de la miseria, o que asolara sus vidas y desgarrara sus corazones el espectáculo de los sufrimientos y de las vergüenzas sin nombre que torturaban a sus semejantes, es lo cierto que comieron el pan cotidiano de la prueba; y fueron grandes por el valor, porque lo fueron también por la desgracia. Que no se quejen tanto los que son

desdichados, pues que los mejores de entre los hombres están con ellos. Nutrámonos del valor de estos hombres, y si nos sentimos débiles, reposemos un momento nuestra cabeza en sus rodillas. Ellos nos consolarán, que de estas almas sagradas surte un torrente de fuerza serena y de bondad omnipotente. No es siquiera necesario interrogar a sus obras ni escucharles sus palabras; leeremos en sus ojos, en la historia de su vida, que la vida nunca es más grande ni más fecunda—ni más dichosa—que en el pesar.

Al frente de esta legión heroica, demos el primer puesto al fuerte y puro Beethoven. En medio de sus penalidades anhelaba que su ejemplo pudiera servir de sostén a todos los desvalidos; *y que el desgraciado se consolase con encontrar un desgraciado como él, que,*

a pesar de todos los obstáculos de la naturaleza, había hecho cuanto de él dependía para llegar a ser un hombre digno de tal dictado. Vencedor, tras años de luchas y esfuerzos sobrehumanos, de su pena, cumplida su misión, que era, como él decía, inculcar un poco de valor a la pobre humanidad, este Prometeo triunfante respondía a un amigo que, ante él, invocaba a Dios: *¡Hombre, ayúdate tú mismo!*

INSPIRÉMONOS en su valiente palabra. Reanimemos, con su ejemplo, la fe del hombre en la vida y en el hombre.

ROMAIN ROLLAND

Enero, 1903

BEETHOVEN

A

GUSTAVO GIMÉNEZ FRAUD

LA HUMILDE LETRA CASTELLANA

DE ESTE LIBRO APASIONADO

J. R. J.

LA *VIDA DE BEETHOVEN*, DE ROMAIN ROLLAND,
FUÉ PUBLICADA POR VEZ PRIMERA (ENERO DE 1903),
EN LOS *Cahiers de la quinzaine*, DE PARIS



WOLTUEN, wo man kann,
Freiheit über alles lieben,
Wahrheit nie, auch sogar am
Throne nicht verleuguen. [1]

BEETHOVEN

(Hoja de Álbum. 1792.)

1 (Hacer todo el bien posible, amar la Libertad sobre todas las cosas, y, aun cuando fuera por un trono, nunca traicionar a la Verdad.)

ERA bajo y prieto, de traza sana, de complexión atlética; tenía la cara grande, color de almagra—menos al fin de su vida, que se tornó su tono enfermizo y amarillento, en el invierno sobre todo, cuando él vivía encerrado, lejos del campo—; la frente poderosa y abultada; los cabellos negrísimos, sumamente espesos y erizados por doquiera, cabellos en que el peine parecía no haber entrado nunca: «*las serpientes de Medusa*» [1]; sus ojos brillaban con tan prodigiosa intensidad, que se hacían dueños de cuantos los miraban, pero casi todos se engañaron sobre el color de estos ojos; como llameaban con res-

[1] J. Russel (1822). — Carlos Czerny que, siendo niño, en 1801, vió a Beethoven, con una barba descuidada y una melena salvaje, trajeado con una chaqueta y un pantalón de pelo de cabra, creyó encontrarse con Robinson Crusoé.

plandor salvaje en un rostro obscuro y trágico, se los creía, generalmente, negros; mas no eran negros, sino de un azul grisáceo [1]; pequeños y hondamente escondidos, la pasión o la cólera los dilataba bruscamente, y entonces giraban en sus órbitas, reflejando todos sus pensamientos con una maravillosa verdad [2]; a menudo se volvían al cielo con mirada melancólica...; la nariz era chata y grande, una jeta de león; delicada la boca, con el labio inferior avanzando sobre el otro; temibles las mandíbulas, que hubieran podido cascar nueces; en el mentón, a la derecha, un hoyuelo profundo daba una extraña disimetría al rostro. «Sonreía bondadosamente, dice Moscheles, y, al conversar, cobraba casi siempre un aspecto amable y alentador. En cambio su reir era desagradable, falso, violento y rápido»: la risa de un hombre que no está habituado a la alegría. Su expresión ordinaria era de nostalgia, «una tristeza incurable». Rellstab dice

[1] Tal afirma el pintor Kloeber, que pintó su retrato hacia 1818.

[2] «Hermosos ojos habladores, dice el doctor W.-C. Müller, a veces dulces y joviales, otras, emboscados, amenazantes y terribles.» (1820.)

(en 1825) que tiene que dominarse con todas sus fuerzas para no llorar al ver «sus dulces ojos y su dolor penetrante». Braun von Braunthal lo encuentra, un año después, en un café: sentado en un rincón, fuma una larga pipa cerrando los ojos, como él hace más a menudo cada vez, a medida que se va acercando a la muerte. Si le habla un amigo, Beethoven sonríe amargamente, saca de su bolsillo un librito de conversación, y con esa voz chillona que cobran los sordos con frecuencia, le pide que le escriba su pregunta... El rostro se le transfiguraba, ya en los raptos de inspiración súbita que de improviso le acometían, hasta en las calles, y que eran la extrañeza de los transeuntes, o cuando se creía solo al piano. «Los músculos del rostro se le salían, se le hinchaban las venas; los ojos salvajes eran doblemente terribles; le temblaba la boca; tenía el aspecto de un mago poseído por los demonios que hubiera evocado.» Tal una cara de Shakespeare [1]; Julius Benedict dice: «El rey Lear.»

[1] Kloeber apunta: «de Ossian». Todos estos detalles están tomados de las notas de algunos amigos de Beethoven o de extranjeros que lo visitaron—así Czerny, Moscheles, Kloeber, Daniel Amadeus Atterbohm, W.-C. Müller, J. Russel, Julius Benedict, Rochlitz, etc.

LUDWIG van Beethoven nació el 16 de Diciembre de 1770, en Bonn, cerca de Colonia, en la mísera guardilla de una casa humilde. Era de origen flamenco [1]. Su padre fué un tenor mediocre y borracho. Su madre, criada, hija de un cocinero y viuda, en primeras nupcias, de un ayuda de cámara.

Pasó seria su niñez, sin esa dulzura familiar de la que Mozart, más dichoso, se vió rodeado. Desde el comienzo, la vida se le aparecía como un combate triste y brutal. Su padre intentó explotar sus aptitudes musicales y exhibirlo como un niño prodigio. A los cuatro años lo hacía estar horas y horas en el clave, o lo encerraba con un violín, a que trabajara hasta no poder más. Poco faltó para que él le hubiera hecho odioso por siempre el Arte. ¡Era necesaria la fuerza para que Beethoven aprendiese la música!

[1] Su abuelo Ludwig, el hombre más distinguido de la familia, y a quien Beethoven se parecía más que a nadie, era natural de Amberes. Vino a los veinte años a Bonn, en donde llegó a ser maestro de capilla del Príncipe elector. No hay que olvidar esto, que explica la fogosa independencia de la naturaleza de Beethoven y tantos otros rasgos de su carácter, nada alemanes.

La juventud la tuvo ensombrecida por las preocupaciones materiales, por la necesidad de ganar el pan, por las más precoces obligaciones; a los once años tocaba en una orquesta de teatro; a los trece era organista. En 1787 perdió a su madre, que adoraba. «¡Era tan buena para mí, tan digna de ser amada! ¡Fué mi mejor amiga! ¿Quién más feliz que yo, cuando podía pronunciar el dulce nombre de madre, y cuando ella podía escucharlo? [1]» Murió tísica; Beethoven se creyó presa de la misma enfermedad, y, desde entonces, sufrió constantemente, añadiendo a su dolencia una melancolía más cruel que la dolencia misma [2]. A los diez y siete años tenía ya a su cargo la familia y la educación de sus dos hermanos. Pasó la vergüenza de solicitar el retiro de su padre, incapaz, por borracho, de gobernar la casa, y cobraba la pensión paterna para evitar que fuese malgastada. Tales dolores dejaron en Beethoven una huella profunda. Tuvo la suerte, en medio de sus desventuras, de

[1] Carta al doctor Schade, de Augsburgo, del 15 de Septiembre de 1787. (Nohl, *Cartas de Beethoven,* II).

[2] Más tarde (en 1816) decía: «¡Desdichado el que no sabe morir! Cuando yo tenía quince años, lo sabía ya».

encontrar un apoyo cariñoso en la familia Breuning, de Bonn, que le fué siempre querida. La gentil «Lorchen», Leonor de Breuning, era dos años menor que él; él le enseñó la música a Leonor y ella lo inició en la poesía. Fué su amiga de la infancia y es posible que existiera entre ellos un dulce sentimiento. Leonor se casó después con el doctor Wegeler, uno de los mejores amigos de Beethoven; y, hasta el último día, no dejó de reinar entre los tres una mansa amistad, que atestiguan las cartas dignas y tiernas de Wegeler y de Leonor, y las del viejo amigo fiel *(alter treuer Freund)* al bueno y querido Wegeler *(guter lieber Wegeler)*. Afecto más conmovedor todavía cuando la ancianidad llegó para los tres sin enfriar la juventud de sus corazones [1].

Aunque su niñez fué tan triste, Beethoven guardó siempre por ella y por los lugares en que se deslizara, un recuerdo enternecido y melan-

[1] En los *Apéndices* citamos algunas de estas cartas.

También en su maestro, el excelente Christian-Gottlob Neefe, encontró Beethoven amistad y guía. Su nobleza espiritual influyó en Beethoven tanto como su gran inteligencia artística.

cólico. Obligado a dejar Bonn y a pasar casi toda su vida en Viena, bien en el centro de la gran ciudad frívola, o en sus tristes barrios, jamás olvidó el valle del Rhin ni el vasto río augusto y paternal—*unser Vater Rhein*, «nuestro padre el Rhin», como él lo llama—, tan vivo, en verdad, casi humano, semejante a un alma gigantesca por la que pasaran pensamientos y fuerzas innumerables, en parte alguna más bello, más poderoso ni más dulce que en la deleitable Bonn, a la que lame las sombreadas pendientes florecidas, con acariciadora violencia. Beethoven vivió sus veinte primeros años y remontó los sueños de su corazón adolescente junto a aquellas praderas que flotan lánguidamente sobre el agua, con sus chopos de bruma, sus matorrales, sus sauces, sus árboles frutales bañando las raíces en la corriente silenciosa y rauda; y en cuya orilla, descansadamente curiosos, se asoman las aldeas, las iglesias, los mismos cementerios, bajo las Siete Montañas azules que dibujan sobre el cielo sus perfiles tormentosos, escalados por las esbeltas siluetas fantásticas de los viejos castillos en ruina. El corazón de Beethoven permaneció siempre fiel a esta tierra y su pensamiento fué, hasta

su último instante, tornar a verla; pero no volvió jamás. «¡Patria mía, hermosa tierra donde vi la luz del sol, siempre tan bella, tan clara ante mis ojos como cuando la abandoné! [1]»

En noviembre de 1792, Beethoven se fué a vivir a Viena, metrópoli musical de Alemania [2]. La Revolución había estallado ya y comenzaba a ahogar a Europa. Beethoven salió de Bonn en el momento mismo en que la guerra entraba; y camino de Viena, pasó entre los ejércitos de Hesse, que iban contra Francia. En 1796 y 1797 puso música a dos poesías bélicas de Friedberg: un *Canto de Partida* y un coro patriótico: «Somos un gran pueblo alemán.» *(Ein grosses deutsches Volk sind*

[1] A Wegeler, en 29 de junio de 1801. (Nohl, XIV.)

[2] Antes, en la primavera de 1787, había ido ya por una corta temporada. Entonces vió a Mozart, que, a lo que parece, no hizo gran caso de él.

Haydn, a quien Beethoven conoció en Bonn, en diciembre de 1790, le dió algunas lecciones. También las recibió de Albrechtsberger y Salieri. Aquél le enseñó el contrapunto y la fuga; éste, a escribir para canto.

wir); mas en vano quiso cantar a los enemigos de la Revolución que, conquistando el mundo, conquistó a Beethoven. Hacia 1798, a pesar de la tirantez de relaciones entre Austria y Francia, Beethoven hace amistad con los franceses, y, en especial, con el general Bernadotte, que acababa de llegar a Viena; y en sus conversaciones con ellos empiezan a desarrollarse en él los sentimientos republicanos, que alcanzan tan poderoso desenvolvimiento en el resto de su vida.

Un dibujo, que Stainhauser le hizo en esta época, da una idea bastante clara de lo que Beethoven era entonces. Es a sus siguientes retratos, lo que el retrato de Buonaparte [1] por Guérin—ese rostro áspero, devorado por la fiebre de las ambiciones—es a las otras imágenes de Napoleón. Beethoven parece más joven de lo que era: enjuto, derecho, tieso en su alto corbatín, el mirar desafiador y violento, sabe lo que vale y fía en su poder. En 1796 anota en su cuaderno: «¡Valor! A pesar de todas las flaquezas del cuerpo, mi genio triunfará... ¡Ya tengo veinticinco años y es preciso que se revele de

[1] Así en el texto francés.

una vez y por entero el hombre [1].» Mme. de Bernhard y Gelinck dicen que lo encuentran muy orgulloso, de modales rudos y desagradables, y que habla con un marcadísimo acento provinciano; sólo sus íntimos conocían la exquisita bondad que ocultaba bajo este encogimiento jactancioso. Al escribir a Wegeler sobre sus éxitos, el primer pensamiento que se le viene a las mientes es éste: «Que veo necesitado a un amigo... Si mi bolsillo no me permite socorrerlo inmediatamente, no tengo más que ponerme a trabajar, y en un abrir y cerrar de ojos le he sacado del apuro... Ya ves qué gusto» [2]. Y un poco después dice: «Mi arte debe consagrarse al bien de los pobres.» *(Dann soll meine Kunst sich nur zum Besten der Armen zeigen.)*

Ya el dolor había llamado a su puerta y lo había esclavizado para nunca más dejarlo. De 1796 a 1800, la sordera [3] comienza en él sus es-

[1] Acababa de debutar. El primer concierto que, como pianista, dió en Viena, fué el 30 de marzo de 1795.

[2] A Wegeler, en 29 de junio de 1801. (Nohl, XIV.)

«Ninguno de mis amigos debe carecer de nada, mientras yo tenga algo.» A Ries, hacia 1801 (Nohl, XXIV).

[3] En el *Testamento* de 1802, dice Beethoven que su enfermedad cuenta ya seis años; por lo tanto, empezó en 1796.

tragos; los oídos le zumban día y noche; está minado por dolores de entrañas; el sentido se le debilitaba progresivamente. Durante muchos años no se lo cuenta a nadie, ni aun a sus más íntimos amigos y evita toda compañía para que su defecto no sea notado; y así el terrible secreto era suyo sólo; pero, en 1801, no pudo

Notemos, de pasada, que, en el catálogo de sus obras, la op. 1 (tres tríos) es anterior a 1796. La op. 2 (las tres primeras sonatas para piano) aparece en marzo de 1796. Puede decirse, por lo tanto, que la labor entera de Beethoven está realizada siendo sordo.

A propósito de la sordera de Beethoven puede verse un artículo del Dr. Klotz-Forest, publicado en la *Chronique médicale* del 15 de mayo de 1905. Opina su autor que la enfermedad tiene su origen en una afección general hereditaria (tal vez en la tuberculosis de la madre), y diagnostica un catarro de las trompas de Eustaquio (1796), que se transforma (hacia 1799) en una otitis media aguda, la que, tratada con descuido, pasa a ser otitis catarral crónica, con todas sus consecuencias. Entonces aumentó la sordera, pero sin llegar a ser completa nunca. Beethoven percibía los sonidos profundos mejor que los altos. Se ha dicho que, en sus últimos años, hacía uso de un palito de madera, una de cuyas extremidades colocaba en la caja del piano y otra entre sus dientes para oir al componer.

(Véase también sobre el mismo asunto: C. G. Kunn: *Wiener medizinische Wochenschrift*, febrero-marzo de 1892—; Wilibald Nagel: *Die Musik,* marzo de 1902.)

En el museo Beethoven, de Bonn, se conservan los instrumentos acústicos que, para Beethoven, fabricó, hacia 1814, el mecánico Maelzel.

ocultarlo más y lo confió con desesperación a dos de sus amigos, el doctor Wegeler y el pastor Amenda:

«Mi querido y bondadoso Amenda... ¡Cuánto te echo de menos al lado mío! Tu Beethoven es profundamente desgraciado. Sabe que la parte más noble de mí mismo, mi oído, se va debilitando. Ya en la época en que estábamos juntos notaba yo síntomas del mal, mas lo ocultaba; después he ido cada vez peor... ¿Curaré? Naturalmente, tengo alguna esperanza, pero bien poca, pues estas enfermedades son las más incurables. ¡Qué tristemente debo vivir, abandonando todo lo que amo y en un mundo tan miserable y tan egoísta!... ¡Pobre resignación ésta en que debo refugiarme! Me he propuesto, sin vacilar, sobreponerme a todos estos males; ¡pero cómo me será posible!... [1]»

Y a Wegeler: «... Arrastro una vida miserable. De dos años acá, ando siempre solo porque no me es posible hablar con la gente, como los demás; estoy sordo. En cualquier otro oficio sería llevadera esta desgracia, pero

[1] Nohl, *Cartas de Beethoven*, XIII.

en el mío la situación es terrible. ¡Qué dirían mis innumerables enemigos! Cuando voy al teatro, necesito colocarme al lado de la orquesta para oir al actor; los sones altos de los instrumentos y de las voces no me llegan si me coloco un poco apartado; cuando se habla bajo, apenas oigo... y, por otra parte, no puedo tolerar que se grite... ¡Cuántas veces maldigo mi existencia! Plutarco me ha llevado a la resignación... Quisiera, si a pesar de todo fuese esto posible, desafiar mi destino, pero hay momentos en mi vida en los que me considero la más miserable de las criaturas. ¡Qué refugio tan triste el de la resignación! Y sin embargo, no me queda otro [1].

Tan trágico dolor está expresado en algunas obras de esta época, como la *Sonata patética*, (op. 13, 1799), y sobre todo en el *largo* de la *tercera Sonata* para piano, (op. 10, 1798). Es bien extraño que no aparezca por doquiera, que tantas obras (el riente *Septimino*, 1800), la cristalina *Primera Sinfonía* (en do mayor, 1800), reflejen aun no sé qué juvenil indiferencia. Sin duda es que el alma necesita tiempo

1 Nohl, *Cartas de Beethoven*, XIV. (Véase el *Apéndice.*)

para acostumbrarse al pesar, y ha menester de tal modo la alegría, que, si no la tiene, es preciso que la cree. Cuando el presente es nefasto, vive el corazón del pasado. Los días felices que fueron, no se borran de una vez; su resplandor persiste, mucho tiempo aún, después que han muerto... Solitario en Viena y sin ventura, Beethoven se refugiaba en la nostalgia de su tierra natal, que impregna en esta época todo su pensamiento. El tema del *andante* con variaciones del *Septimino*, es un *lied* rhiniano; la *Sinfonía en do mayor* es asimismo una obra del Rhin, poema de una adolescencia que sonríe a sus ensueños; alegre y lánguida, se siente en ella el deseo y la esperanza de gustar; pero en ciertos pasajes, en la introducción, en el claro-oscuro de algunos bajos sombríos, en el fantástico *scherzo*, se advierte ¡y con cuánta emoción! en estos ojos jóvenes el resplandor del genio futuro; son los ojos del *Bambino* de las *Sagradas Familias* de Botticelli, ojos de niño en los que se cree leer ya la venidera tragedia.

A estas torturas físicas se unían trastornos de un orden diferente. Dice Wegeler que jamás conoció a Beethoven sin una pasión llevada

al paroxismo. Sus amores parece que siempre fueron de una gran pureza, y no hay en ellos relación alguna entre el apasionamiento y el placer. La confusión que en nuestros días existe entre uno y otro sólo demuestra cuán ignorada es la pasión por la mayoría de los hombres y su extrema rareza. Beethoven tenía algo de puritano en el alma; las conversaciones y los pensamientos licenciosos le horrorizaban y sobre la santidad del amor era intransigente. Se dice que no perdonaba a Mozart haber profanado su genio escribiendo un *Don Juan*. Schindler, que fué íntimo amigo suyo, asegura que Beethoven «cruzó la vida con un pudor virginal, sin haber tenido nunca que reprocharse una flaqueza». Un hombre así estaba hecho para ser víctima cándida del amor, y lo fué; se enamoraba locamente sin cesar, sin cesar soñaba venturas, al punto defraudadas y seguidas de amargos sufrimientos. En estas alternativas de amor y de orgullosa rebeldía es donde hay que buscar el más fecundo manantial de la inspiración de Beethoven, hasta aquellos años en que el ardor de su naturaleza se encalma en una melancólica resignación.

A lo que parece, en 1801, el objeto de su

amor era Giulietta Guicciardi, que inmortalizó con la dedicatoria de su famosa *Sonata* llamada del *Claro de luna*, (op. 27, 1802). «Vivo de más dulce modo, escribe a Wegeler, y voy más con los hombres... Mudanza tal la ha realizado la gracia de una muchacha adorable que me ama y que amo. Estas son mis primeras horas felices desde hace dos años» [1]. Las pagó duramente. Desde el comienzo, este amor le hizo sentir más la miseria de su achaque y la estrechez de su vida, que le hacía imposible casarse con la mujer que amaba; además, Giulietta, que era egoísta, coqueta y pueril, hizo sufrir cruelmente a Beethoven, y en Noviembre de 1803, se casó con el conde de Gallenberg [2]. Pasiones como ésta arruinan el alma, y si el alma está ya rajada por las enfermedades, como estaba la de Beethoven, acaban por aniquilarla. Fué este el único instante de su vida en que Beetho-

[1] A Wegeler, el 16 de noviembre de 1801. (Nohl, XVIII).

[2] Ella no tuvo reparo, después, de explotar en favor de su marido el antiguo amor de Beethoven, quién socorrió a Gallenberg. «Como era mi enemigo, le hice todo el bien que me fué posible», dice a Schindler, en uno de sus libritos de conversación de 1821. El desprecio de Beethoven por Giulietta fué mayor entonces. «*Arrivée à Vienne,* escribe él en francés, *elle cherchait moi, pleurant, mais je la méprisais.*»

ven parece que estuvo a punto de sucumbir; atravesó una grave crisis de desesperación, que conocemos por una carta suya—el «Testamento de Heiligenstadt», a sus hermanos, Carlos y Juan, que lleva esta indicación: «Para ser leído y cumplido después de mi muerte [1]»—, grito desgarrante de dolor y rebeldía, que no puede leerse sin sentir traspasado de piedad el corazón. Beethoven estuvo entonces a punto de poner fin a sus días, y únicamente su inflexible sentimiento moral pudo contenerlo [2]. Sus postreras esperanzas de curación desaparecieron. «El mismo elevado valor que me sostenía, se ha desvanecido. ¡Dios mío, concédeme un día, un único día de alegría verdadera! ¡Hace tanto tiempo que el profundo son de la verdadera alegría me es extraño! ¿Cuándo, cuándo, Dios mío, podré vol-

[1] 6 de Octubre de 1802. (Nohl, XXVI.) Véase el *Apéndice.*

[2] «Enseñad la virtud a vuestros hijos; que sólo ella puede traer la dicha, que no el oro. Hablo por experiencia. En la miseria, me ha sostenido la virtud, y a ella debo, tanto como a mi arte, no haberme matado.» Y en otra carta, del 2 de Mayo de 1810, dice a Wegeler: «Si yo no supiese, por haberlo leído, que el hombre no es dueño de poner fin a su vida mientras pueda llevar a cabo buenas obras, me habría matado hace ya mucho tiempo.»

ver a encontrarla?... ¿Nunca?—No, esto sería demasiado cruel.»

Parece ésta una lamentación de agonía, y sin embargo, Beethoven ha de vivir aún veinticinco años; su vigorosa naturaleza no podía resignarse a sucumbir a la prueba. «Mi fuerza física crece como nunca al mismo tiempo que mi inteligencia... Mi juventud, lo veo bien, no hace más que comenzar, y cada día me acerco más a ese fin que vislumbro sin poderlo definir... ¡Si yo me viese libre de este mal que me ata, el mundo estaría entre mis brazos! ¿Quién habla de reposo? No conozco otro que el sueño; y soy tan desgraciado que necesito concederle más tiempo que antes. Si yo me viera libre, aun cuando fuese a medias, de mi mal... Pero no, no podría tampoco resignarme... Mordería al destino de buena gana. No ha de lograr rendirme por completo. ¡Es tan bello vivir mil veces la vida!» [1]

Este amor, este sufrimiento, esta voluntad, estas alternativas de postración y de orgullo, estas tragedias interiores contagian las grandes obras escritas en 1802: la *Sonata con marcha*

[1] A Wegeler. (Nohl, XVIII.)

fúnebre, (op. 26), la *Sonata quasi una fantasia*, la *Sonata* llamada del *Claro de luna,* (op. 27), la *Segunda Sonata*, op. 31, cuyos dramáticos recitados parecen un monólogo desolado y grandioso, la *Sonata en do menor*, para violín, (op. 30), dedicada al emperador Alejandro, la *Sonata a Kreutzer*, (op. 47), las seis heroicas y conmovedoras melodías religiosas sobre palabras de Gellert, (op. 48)... La *Segunda Sinfonía*, que es de 1803, refleja con más intensidad su amor juvenil, y se siente en ella que la voluntad vence denodadamente; una fuerza irresistible barre los pensamientos tristes, y el *Final* se levanta en un hervidero de vida. Beethoven anhela ser dichoso; no se resigna a creer irremediable su infortunio; quiere curarse, quiere amar y se derrama de esperanza [1].

[1] La miniatura de Hornemann, que data de 1802, nos muestra a Beethoven ataviado a la moda de la época, con patillas, el cabello a la Tito, el aire fatal de un héroe byroniano, pero con aquella fuerza de voluntad napoleónica que nunca ceja.

EN muchas de estas obras sorprende la insistencia y la energía de los ritmos de marcha y de pelea, especialmente en el *allegro* y el *final* de la *Segunda Sinfonía*, y más aún en el trozo primero, soberbiamente heroico, de la *Sonata al Emperador Alejandro*. El aire marcial, característico de esta música, recuerda la época de donde surgió. La Revolución llegaba a Viena y arrastraba a Beethoven. En la intimidad, dice el caballero de Seyfried, manifestaba espontáneamente sus opiniones acerca de los sucesos políticos, que juzgaba con una rara perspicacia, de una ojeada clara y aguda.» Sus simpatías todas le llevaban hacia las ideas revolucionarias. Schindler, el amigo que mejor lo conoció en la última etapa de su vida, dice que «amaba los principios republicanos, que era partidario de la libertad ilimitada y de la independencia nacional... Quería que todos contribuyeran al gobierno del Estado... Deseaba para Francia el sufragio universal y esperaba que Bonaparte lo estableciese, echando así las bases de la felicidad del género humano.» Romano revolucionario, nutrido de Plutarco, soñaba una República heroi-

ca, fundada por el primer Cónsul, dios de la Victoria; y, a martillazos, forjó la *Sinfonía heroica*: *Bonaparte* (1804), [1] la Ilíada del Imperio, y luego el final de la *Sinfonía en do menor* (1805-1808), la epopeya de la Gloria. Primera música verdaderamente revolucionaria, el espíritu de la época resucita en ella con la intensidad y la pureza que los acontecimientos grandes determinan en las grandes almas soli-

[1] Es sabido que la *Sinfonía heroica* fué escrita sobre Bonaparte y para él, y que el manuscrito primitivo ostenta aún el título *Bonaparte.* Entretanto, Beethoven supo la coronación de Napoleón y se puso furioso: «No es más que un hombre como los demás» decía; y, en su indignación, rompió la dedicatoria y escribió, en lugar de ella, este título vengativo y conmovedor: «Sinfonía heroica... a la memoria de un gran Hombre.» *(Sinfonia eroica... composta per festeggiare il sovvenère di un grand Uomo.)* Cuenta Schindler que, luego, se mitigó un poco su desprecio por Napoleón y que no veía en él ya sino un desgraciado digno de lástima, un Icaro caído del cielo. En 1821, cuando se enteró de la catástrofe de Santa Elena, dice: «Hace diez y siete años, escribí yo la música para este triste suceso», y se complacía en encontrar en la *Marcha fúnebre* de su sinfonía un presentimiento del trágico fin del conquistador. Parece que la *Sinfonía heroica*, y especialmente su parte primera, era para Beethoven una suerte de retrato de Bonaparte, muy distinto del modelo, sin duda; pero tal como él se lo imaginaba, y como él hubiese querido que fuera: el genio de la Revolución. En el final de la *heroica* repite Beethoven una de las principales frases de la partitura que ya había escrito para *Prometeo* (1801), héroe revolucionario por excelencia y dios de la libertad.

tarias, cuyas impresiones no disminuye el contacto de la realidad. El rostro de Beethoven aparece en estas obras coloreado por los resplandores de tales luchas épicas que están expresadas por doquiera, tal vez inadvertidamente, en las obras de este período: en la *Obertura de Coriolano* (1807), donde alientan tempestades, en el *Cuarto cuarteto*, (op. 18,) cuya primera parte se parece tanto a dicha *Obertura*, en la *Sonata Appassionata*, (op. 57, 1804), de la que decía Bismarck: «Si la oyera yo frecuentemente, sería cada vez más valeroso» [1], en la partitura de *Egmont*, y hasta en sus conciertos para piano, en ese *concerto en mi bemol*, (op. 73, 1809), en el que hasta el virtuosismo se hace heroico y por el que parece que atraviesan ejércitos. ¿Cómo extrañarse de esto? Si Beethoven ignoraba, al escribir la *Marcha fúnebre a la muerte de un héroe* (de la sonata op. 26), que el héroe

[1] Roberto de Keudell, antiguo embajador de Alemania en Roma: *Bismarck et sa famille*, 1901, traducción francesa de E. B. Lang.

R. de Keudell tocó a Bismarck, en un mal piano, esta sonata (30 de octubre de 1870, en Versalles). Bismarck decía que en la última frase de ella «estaban las luchas y los sollozos de una vida entera.» Beethoven era su músico predilecto, y a veces exclamaba: «Beethoven sienta mejor que nadie a mis nervios.»

más digno de sus cantos, aquel que se ajustó más que Bonaparte al modelo de la *Sinfonía heroica*, Hoche, acababa de morir cerca del Rhin—sobre el que se alza todavía su monumento funerario, en lo alto de una colinilla entre Coblenza y Bonn—, había visto, en la misma Viena, victoriosa dos veces la Revolución; los oficiales franceses asisten, en noviembre de 1805, al estreno de *Fidelio;* el general Hulin, el que tomó la Bastiila, se hospeda en casa de Lobkowitz, el amigo y protector de Beethoven, a quien están dedicadas la *Heroica* y la en *do menor;* y el 10 de mayo de 1809, Napoleón duerme en Schoenbrunn [1]. Más tarde, Beetho-

[1] La casa de Beethoven, en Viena, estaba cerca de las fortificaciones, que Napoleón hizo volar después de tomada la ciudad. «¡Qué vida tan salvaje—escribe Beethoven a los editores Breitkopf y Haertel, el 26 de junio de 1809—; sólo ruinas en torno mío; nada más que tambores, trompetas, miserias de todas clases!»

El barón de Trémont, auditor en el Consejo de Estado francés, que vió a Beethoven en Viena por entonces, nos ha dejado de él un retrato. Describe pintorescamente el desorden que reinaba en casa de Beethoven, con el cual habló de filosofía, de religión, de política «y, sobre todo, de Shakespeare, ídolo suyo.» Beethoven se hallaba dispuesto a irse con Trémont a París, en cuyo Conservatorio sabía él que se tocaban sus sinfonías y donde tenía entusiastas admiradores. (Véase, en el *Mercvre musical* del 1.° de mayo de 1906, el artículo *Una visita a Beethoven,* por el barón de Trémont, publicado por J. Chantavoine.)

ven ha de odiar a los conquistadores franceses; pero no ha sentido menos que ellos el fervor de su epopeya; y el que no lo sienta como él, sólo comprenderá a medias esta música de hazañas y de triunfos imperiales.

BEETHOVEN interrumpió bruscamente la *Sinfonía en do menor,* para escribir de un tirón y sin sus bocetos de costumbre, la *Cuarta Sinfonía.* Se le había aparecido la felicidad; en mayo de 1806 entra en relaciones con Teresa de Brunswick [1], la cual lo amaba hacía ya

[1] O mejor, Teresa Brunsvik. Beethoven había conocido a los Brunsvik en Viena, por los años de 1796 a 1799. Giulietta Guicciardi era prima de Teresa. Parece que Beethoven anduvo también enamorado, durante algún tiempo, de una hermana de Teresa, Josefina, que se casó con el conde Deym y luego con el barón Stackelberg.—En el artículo de André de Hevesy: «*Beethoven et l'Immortelle Bien-aimée*»,—*Revue de Paris,* 1.° y 15 de marzo de 1910—hay detalles animadísimos sobre la familia Brunsvik. M. de Hevesy se ha servido para su estudio, de las *Memorias* manuscritas y de los papeles de Teresa, conservados en Mártonvásár. La intimidad cariñosa de Beethoven con los Brunsvik, le sirve para dudar de su amor por Teresa. Pero sus razones no son convincentes, y yo me propongo, algún día, discutirlas.

tiempo, desde que, siendo niña, diera con él clase de piano, cuando vino él a Viena. Beethoven era amigo de su hermano Francisco, el conde, y en 1806 fué huésped suyo en Mártonvásár (Hungría). Entonces nació aquel amor, el recuerdo de cuyos felices días alienta en algunos relatos de Teresa de Brunswick [1]. «Un domingo por la noche, dice ella, después de cenar, Beethoven, a la luz de la luna, se sentó al piano. Primero pasó su mano abierta sobre el teclado, manera suya de preludiar que Francisco y yo conocíamos bien. Luego tocó algunos acordes en las notas bajas, y lentamente, con misteriosa solemnidad, alzó un canto de Sebastián Bach [2]: «*Si me quieres dar tu corazón, dámelo primeramente sin que lo sepa nadie; que nadie pueda adivinar nuestro mutuo sentimiento.*» Mi madre y el cura se habían quedado dordormidos; mi hermano miraba, serenamente, al infinito, y yo, esclava de la canción y del mirar de Beethoven, sentía la vida en toda su

[1] Mariam Tenger: *Beethoven's unsterbliche Geliebte.* Bonn, 1890.

[2] Es la canción maravillosa que está en el Album de Ana Magdalena, mujer de J. S. Bach (1725), y que lleva el título: *Aria di Giovannini.* Se ha discutido que sea de J. S. Bach.

plenitud. A la mañana siguiente nos encontramos los dos en el parque, y él me dijo: «Ahora escribo una ópera, cuyo personaje más importante tengo dentro de mí, ante mí, por doquiera que ando o que reposo. Nunca me he remontado así, y todo en mí es luz, pureza y claridad. Hasta hoy yo había sido como aquel niño de los cuentos de hadas que cogía los guijarros y no veía la espléndida flor que estaba abierta en su camino...» En el mes de mayo de 1806, fuí novia suya, con el único consentimiento de mi hermano.»

La *Cuarta Sinfonía*, escrita entonces, es una flor pura, aromada de la fragancia de estos días, los más tranquilos de su vida. Se ha hecho la observación justa de «la preocupación de Beethoven, en esta época, por conciliar, en lo posible, su genio con la tradición, familiar y del agrado general, de las formas trasmitidas por sus predecesores» [1]. Este mismo conciliador espíritu, nacido del amor, inspiraba sus modales y su manera de vivir. Ignaz von Seyfried y Grillparzer nos lo presentan efusivo, alegre, activo, espiritual, cortés con los demás,

[1] Nohl, *Vida de Beethoven.*

prudente con los entremetidos, vestido con afectación; engaña a todos de modo que nadie se da cuenta de su sordera, y todos dicen que está perfectamente y que no tiene más defecto que el ser corto de vista [1]. Así aparece en el retrato, de una elegancia romántica y algo amanerada, que pintó a la sazón Maehler. Beethoven hace cuanto puede por gustar y sabe que gusta. El león anda enamorado y esconde sus garras. Pero bajo sus caprichos, bajo la fantasía y la ternura misma de la *Sinfonía en si bemol,* están su fuerza temible, su humor arbitrario, sus arranques de mal genio...

No había de ser muy duradera esta profunda paz, pero la bienhechora influencia del amor se prolongó hasta 1810. Al amor le debe Beethoven este dominio de sí mismo, que le hizo entonces producir a su genio los más maduros frutos: la *Sinfonía en do menor,* esa tragedia

[1] Beethoven era, en efecto, miope. Ignaz von Seyfried dice que este defecto de su vista había sido causado por la varicela, y que, cuando joven, le obligaba a usar gafas. Esta miopía, sin duda, era lo que trastornaba sus ojos. En sus cartas de 1823-1824, hay quejas frecuentes sobre este mal que tanto le hacía sufrir.—Véanse los artículos de Christian Kalischer: *Beethovens Angens und Angenleiven: Die Musik*, 15 de marzo-1 de abril de 1902.

clásica, y el divino ensueño de un día de verano, la *Sinfonía pastoral* (1808) [1]. La *Appassionata*, inspirada en *La Tempestad*, de Shakespeare [2], y que él reputaba la mejor de sus sonatas, se publicó en 1807, dedicada al hermano de Teresa. A ella le dedicó la soñadora y fantástica sonata, op. 78. (1809). En una carta sin fecha [3] dirigida *A la Amada inmortal*, expresa, no menos que en la *Appassionata*, la fuerza de su amor:

«Angel mío, mi todo, mi yo..., mi corazón estalla de tanto como tengo que decirte. Dondequiera que estoy, allí estás tú conmigo. Ganas me dan de llorar cuando pienso que, probablemente, no te llegarán antes del domingo mis primeras noticias. Te amo, como tú a mí, pero mucho más fuertemente... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué vida esta, sin ti! ¡Tan cerca y tan lejos! A ti vuelan mis ideas, amada inmortal *(meine unsterbliche Geliebte)*, alegres a veces, tristes luego, interrogando al destino si nos escucha-

[1] La música para el *Egmont* de Goethe está empezada en 1809.—Beethoven hubiera querido también escribir la de *Guillermo Tell*, pero fué preferido Gyrowetz.

[2] Conversación con Schindler.

[3] Escrita, a lo que parece, en Korompa, en casa de los Brunsvik.

rá. No me es posible vivir si no es a tu lado... ¡Nunca será de otra mi corazón! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Dios mío! ¿por qué, cuando se aman dos, tienen que separarse? Y mi vida, a pesar de todo, está llena de aburrimiento. Tu amor me hace, a un tiempo, el más feliz y el más desdichado de los hombres. ¡Está tranquila..., está tranquila, ámame! Hoy, ayer, siempre, ¡qué viva aspiración, cuánto llorar por ti, por ti, por ti, vida mía, mi todo! ¡Adiós! Sigue amándome, no seas nunca ingrata al corazón de tu amado L.—¡Siempre tuyo! ¡Siempre mía! ¡Siempre el uno para el otro!» [1].

¿Cuál fué la misteriosa causa que hizo imposible la dicha de estos dos apasionados? Tal vez la pobreza o la desigualdad social; tal vez que Beethoven no quisiera resignarse a la larga espera que se le imponía, ni a la humillación de ocultar indefinidamente su amor; quizás, como estaba enfermo y era violento y misántropo, haría sufrir, sin quererlo, a la que amaba, y esto le desesperase... El noviazgo se deshizo; y, sin embargo, ninguno de los dos parece que olvidara jamás al otro. Teresa de Bruns-

[1] Nohl, *Cartas de Beethoven*, XV.

wick, amó a Beethoven hasta su postrero día (murió en 1861). Y Beethoven, en 1816, decía: «Cuando pienso en ella, mi corazón late tan profundamente como cuando la vi por vez primera». De este mismo año son las seis melodías *A la amada lejana (an die ferne Geliebte*, op. 98), tan hondas y tan conmovedoras. En sus notas, Beethoven dice: «Mi corazón se derrama ante el espectáculo de esta admirable naturaleza, y, sin embargo, Ella no está conmigo». Teresa había dado a Beethoven su retrato con esta dedicatoria: «Al genio extraordinario, al gran artista, al hombre bueno. T. B.» [1]. En el postrero año de su vida, un amigo sorprendió a Beethoven en su soledad besando este retrato y llenándolo de lágrimas, mientras le decía a voces, según su costumbre: «¡Qué hermosa eras, qué alta, qué parecida a los ángeles!» Se fué el amigo, y, cuando un rato después volvió, encontró a Beethoven al piano. Le dijo: «Hoy sí que no tiene nada de diabólico vuestro semblante, amigo mío». Beethoven le respondió: «Me ha visitado mi ángel

Este retrato está en la casa de Beethoven, en Bonn. Ha sido reproducido en la *Vida de Beethoven* por Frimmel, página 29, y en el *Musical Times* del 15 de diciembre de 1892.

bueno». La herida fué profunda. «¡Pobre Beethoven, se dice él mismo, ya no hay felicidad en el mundo para ti! ¡Solamente en las regiones ideales volverás a encontrar amigos!» [1]. Y en otra ocasión: «Sométete del todo a tu destino; no debes vivir para ti, sino para los demás; tu única felicidad está en tu arte. ¡Dios mío, dame tú la fuerza necesaria para vencerme!»

YA lo tenemos abandonado por el amor. En 1810, torna a sentirse sólo, pero le ha llegado la gloria y la confianza en sí mismo. Plenamente maduro, se abandona a su carácter iracundo e indómito, sin importarle ya nadie ni hacer caso de los convencionalismos ni de los juicios de los demás. ¿A quién hay que temer o qué halagar? Más amor y más ambición. Le resta únicamente su fuerza, la alegría de ser fuerte, la necesidad de usar y aun de abusar de esa fuerza. «La fuerza es la moral de los hombres más altos.» Vuelve a caer en la negligencia del vestir y sus modales son más atrevidos que

[1] A Gleichenstein (Nohl, *Neue Briefe Beethovens*, XXXI).

nunca. Sabe que tiene el derecho de decirlo todo hasta a los más altos. «No reconozco otras señales de excelsitud que la bondad», escribe el 17 de Julio de 1812 [1]. Bettina Brentano, que lo vió por entonces, dice que «ningún emperador, ningún rey tendría la conciencia de su poder que él tenía». Bettina se sintió fascinada por esta omnipotencia «Cuando lo vi por vez primera, escribe a Goethe, el mundo entero desapareció ante mi vista; Beethoven me hizo olvidarlo todo, hasta a ti mismo, Goethe... No creo engañarme si aseguro que este hombre se ha adelantado a la civilización moderna.» Goethe hizo por conocer a Beethoven. Se encontraron los dos en los baños de Bohemia, en Tæplitz—1812—y no pudieron entenderse. Beethoven era un apasionado admirador del genio de Goethe [2]; pero su carácter,

[1] «El corazón es la palanca de todo lo grande.» (A. Giannatasio del Río.—Nohl, CLXXX.)

[2] «Las poesías de Goethe me hacen feliz», escribe a Bettina Brentano el 19 de febrero de 1811.

Y en otra ocasión:

«Goethe y Schiller son, con Ossian y Homero, que por mi desgracia no puedo leer sino en traducciones, mis poetas predilectos.» (A Breitkopf y Haertel, el 8 de agosto de 1809.—Nohl, *Neue Briefe,* LIII.)

Es de notar cuán depurado era el gusto literario de Beet-

demasiado independiente y violento, no podía acomodarse al del gran poeta, y tenía que lastimarlo. El mismo ha contado un paseo que dieron juntos, y en el cual el orgulloso republicano dió una lección de dignidad al consejero áulico del gran duque de Weimar, lección que Goethe jamás le perdonó:

«Los reyes y los príncipes pueden, sin duda, improvisar profesores y consejeros secretos y colmarlos de gracias y de condecoraciones; pero no pueden hacer hombres grandes, almas que estén por encima de las miserias del mundo... Así, cuando dos hombres como yo y Goethe se juntan, tales señores deben sentir bien su pequeñez... De vuelta por la carretera, encontramos ayer a toda la familia imperial.

hoven, a pesar de su descuidada educación. Aparte, y por encima de Goethe, de quien dice que le parece «grande, majestuoso, siempre en re mayor», tres hombres le eran caros: Homero, Plutarco y Shakespeare. De Homero prefería la *Odisea*. A Shakespeare lo leía de continuo en la traducción alemana, y es sabido con qué trágica grandeza tradujo en música *Coriolano* y *La Tempestad*. En cuanto a Plutarco, como los hombres de la Revolución, se alimentó con él; su héroe era Bruto, como lo fué para Miguel Angel, y tenía en su cuarto su estatuilla. Adoraba también a Platón, y soñaba con establecer en el mundo entero la República. «Sócrates y Jesús han sido mis modelos» dice no sé dónde. (Conversaciones de 1819-1820.)

La vimos desde lejos y Goethe dejó mi brazo para ir a ponerse a un lado del camino. Yo le dije todo cuanto me vino en gana, pero no conseguí que se moviera. Entonces me encasqueté el sombrero, me abroché la levita y me interné, los brazos a la espalda, entre la apiñada multitud. Príncipes y cortesanos adelantaron; el duque Rodolfo me saludó, descubriéndose; la emperatriz se me adelantó al saludo. ¡Qué bien me conocen los grandes! ¡Y con qué regocijo vi desfilar aquella procesión ante Goethe, que seguía en el borde del camino, sombrero en mano, en la más profunda de las reverencias! Le volví la espalda, sin hacerle el menor caso...» [1] Goethe no lo olvidó nunca [2].

A Bettina von Arnim (Nohl, XCI).

[2] «Beethoven, decía Goethe a Zelter, es, por desgracia, de una personalidad completamente salvaje; sin duda él no tiene la culpa de que el mundo le parezca detestable, pero no es la suya la manera de hacérselo grato, ni de hacérselo grato a los demás. Es sordo y hay que disculparlo y que tenerle compasión.»—No hizo nada contra Beethoven, a partir de aquel día, pero tampoco hizo nada por él, y guardó un silencio absoluto sobre su obra y su nombre.—En el fondo admiraba su música; pero le tenía miedo, porque lo trastornaba y creía que iba a hacerle perder aquella tranquilidad de espíritu que tanto le había costado, y que, contra el común

De esta época son la *Séptima* y la *Octava sinfonías*, (escritas en pocos meses, en Tæplitz, 1812): la Orgía del Ritmo y la Sinfonía humorística, las obras en donde se ha dado Beethoven más honradamente o, como él decía, más *desabrochadamente* «*aufgeknoepft*», con esos raptos de alegría y de furor, esos contrastes inesperados, esas originalidades grandiosas y desconcertantes, esas expresiones gigantescas que eran el espanto de Goethe y de Zelter, [1] y que hacían decir por la Alemania

sentir, no le era natural.—Una carta de Félix Mendelssohn,—un muchacho entonces—, que pasó por Weimar (1830) hace, inocentemente, penetrar en las simas de este alma inquieta y apasionada *(leidenschaftlicher Sturm una Verworrenheit,* como decía Goethe mismo), que una poderosa inteligencia castigaba. «... Al principio, escribe Mendelssohn, no quería que se le hablara de Beethoven, pero tuvo que pasar por ello y oir el primer trozo de la *Sinfonía en do menor,* la cual lo conmovió de una manera extraña. Pero no quiso dejarlo ver, y se contentó con decirme: «Sorprende, pero no llega al alma.» Después de un rato, volvió a decir: «Es grandiosa, insensata, y se diría que va a hundirse la casa.» Luego nos fuímos a cenar, y todo el tiempo estuvo pensativo, hasta que, volviendo otra vez a Beethoven, empezó a preguntarme, a sonsacarme. Comprendí que le había causado gran impresión...»

Pueden verse, a propósito de las relaciones de Gœthe y Beethoven, algunos artículos de Frimmel.

[1] Cartas: de Gœthe a Zelter, del 2 de septiembre de 1812. —De Zelter á Gœthe, del 14 de septiembre del mismo año: «*Auch ich bewundere ihn mit Schrecken.*» «Yo también lo ad-

del Norte que la *Sinfonía en la* era obra de un borracho; de un borracho, sí, pero de un borracho de energía y de genialidad. «Soy, ha dicho el mismo Beethoven, el Baco que exprime para la humanidad el néctar delicioso; el que da a los hombres el frenesí divino del alma.» Ignoro si, como Wagner ha escrito, quiso pintar en el final de esta sinfonía una bacanal dionisíaca [1]; yo encuentro en esta fiesta ardorosa, más que en ninguna de sus obras, la huella de su herencia flamenca, como la veo en su desenfadada libertad de modales y de palabras, que tanto disuena en el país de la disciplina y de la obediencia. En ninguna de sus obras hay la franqueza ni la abierta fogosidad que en la *Sinfonía en la*; es un loco derroche de fuerzas sobrehumanas, sin objeto alguno, por el placer de derrocharlas, como el placer de un río que se desborda y anega. En la *Octava Sinfonía* es menos grandiosa esta fuerza, pero más extraña y más característica de lo humano,

miro con horror.»—En 1819, Zelter escribe a Gœthe: «Se dice que está loco.»

[1] En todo caso, Beethoven pensó en algo así, porque lo dice en sus notas, y particularmente en sus proyectos de una *Décima Sinfonía*.

mezclándose en ella la tragedia con la farsa, una potencia hercúlea con no sé qué caprichosos juegos pueriles [1].

El año 1814 señala el apogeo de la fortuna de Beethoven. En el Congreso de Viena se le consideró como una gloria europea; tomó parte activa en las fiestas; los príncipes le rindieron pleitesía y él se dejaba orgullosamente regalar por ellos, de lo que se jactara con Schindler.

La guerra de la independencia lo había enardecido [2]. En 1813 escribió una sinfonía sobre *la Victoria de Wellington,* y en los albores del 1814, un coro bélico: *El despertar de Alemania Germanias Wiedergeburt).* Ante un público de reyes, dirigió el 29 de noviembre de este mismo año una cantata patriótica: *El instante glorioso (Der glorreiche Augenblick)*, y en 1815 compuso, para la toma de París, otro coro: *¡Todo se consumó! (Es ist vollbracht!)*; obras accidentales todas estas, le valieron para su fama más que el resto de su labor. El grabado de

[1] Su tierna amistad con la joven cantante berlinesa Amalia Sebald, es de este tiempo, y tal vez inspirara en algo estas obras.

[2] Schubert, tan diferente de él en esto, había escrito en 1807 una obra de momento «en honor de Napoleón el Grande», cuya ejecución dirigió él mismo ante el Emperador.

Blasius Hœfel, según un dibujo de Letronne, y la huraña mascarilla modelada sobre su rostro por Franz Klein en 1812, nos muestran la viva imagen del Beethoven del Congreso de Viena; el rasgo dominante en su cara de león, de apretadas mandíbulas, de arrugas dolorosas e iracundas, es la voluntad, una voluntad napoleónica; este es el hombre que decía de Napoleón después de la batalla de Jena: «¡Qué lástima que no sirva yo para la guerra como para la música! ¡Si no, yo lo vencería!... Pero su reino no era de este mundo. «Mi imperio está en las nubes,» escribe él mismo a Francisco de Brunswick. *(Mein Reich ist in der Luft.)* [1].

TRAS estos momentos de gloria le vienen los días más negros y más miserables.

Viena nunca había sido simpática a Beet-

[1] «Nada le digo de nuestros monarcas y sus monarquías» escribe Beethoven a Kauka durante el Congreso de Viena. «Para mí, el imperio mejor de todos es el del espíritu, primero de todos los reinos temporales y eternos.» *(Mir ist das geistige Reich das Liebste, und der Oberste aller geistlichen und weltlichen Monarchien).*

hoven. Su genio altivo y libre no podía sentirse bien hallado en esta ciudad artera, de espíritu mundano y mediocre, que Wagner despreció con tal dureza [1]. Beethoven aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para abandonarla; y, hacia 1808, pensó seriamente en salir de Austria para irse a la corte de Jerónimo Bonaparte, rey de Westpthalia [2]. Pero Viena abundaba en recursos para un músico y, hay

[1] «Decir Viena, ¿no es decirlo todo?» Borrada toda huella del protestantismo alemán; el mismo acento nacional perdido, italianizado; el espíritu alemán, las normas y las costumbres alemanas, explicados por manuales de origen italiano y español... País de una historia falseada, de una ciencia falseada, de una religión falseada... Escepticismo frívolo, que arruinó el amor á la verdad, al honor y a la independencia...» (Wagner: *Beethoven*, 1870.)

Grillparzer ha escrito que consideraba una desgracia haber nacido austriaco. Los grandes compositores alemanes de fines del siglo XIX que vivieron en Viena, sufrieron horriblemente en esta ciudad consagrada al culto fariseo de Brahms. La vida de Bruckner fué un prolongado martirio. Hugo Wolf, que se defendió furiosamente antes de sucumbir, ha dedicado a Viena juicios implacables.

[2] El rey Jerónimo había ofrecido a Beethoven una pensión vitalicia de seiscientos ducados de oro, y una dieta de viajes de ciento cincuenta ducados de plata, con la única obligación de tocar ante él algunas veces y de dirigir sus conciertos de música de cámara, que no habían de ser ni largos, ni frecuentes. (Nohl, XLIX.) Beethoven estuvo a punto de aceptar.

que ser justos, siempre encontró Beethoven allí nobles aficionados que supieran comprenderle en toda su grandeza y que hicieron por evitarle a la patria la vergüenza de perderlo. En 1809, tres de los más poderosos caballeros de Viena, el archiduque Rodolfo, discípulo de Beethoven, el príncipe Lobkowitz y el príncipe Kinsky, se comprometieron a pasarle anualmente una pensión de 4.000 florines, con la sola condición de que permaneciera en Austria. «Es sabido, decían, que un hombre no puede consagrarse por entero a su trabajo sino estando libre de todo aprieto material, y que sólo en tales condiciones puede producir esas obras sublimes que son la gloria del arte; y los que firman se obligan a tener a Ludwig van Beethoven libre de cuidados y a evitarle así todas las rastreras trabas que pudieran oponerse al vuelo sereno de su genio.»

Desgraciadamente, la realidad no respondió a la promesa. La pensión fué siempre mal pagada y bien pronto dejó de serlo del todo. Desde el Congreso de 1814, Viena había cambiado mucho. La política suplantaba al arte. Italia estragaba su gusto musical, y la moda, entronizando a Rossini, tenía a Beethoven como un pe-

dante [1]. Los amigos y los protectores de Beethoven se fueron o se murieron: el príncipe Kinsky en 1812, Lichnowsky en 1814, Lobkowitz en 1816. Rasumowsky, para quien escribiera sus admirables cuartetos, (op. 59), dió en febrero de 1815 su postrer concierto. En este año mismo, Beethoven riñó con su amigo de la infancia Stephan von Breuning, el hermano de Leonor [2], y se queda solo. «No tengo un amigo; estoy solo en el mundo,» dice en sus apuntes de 1816.

Estaba ya completamente sordo [3]. Desde el otoño de 1815, no se comunica más que por escrito con los demás.—El último cuaderno de

[1] El *Tancredo*, de Rossini, fué bastante a echar por tierra el edificio de la música alemana. Banderfeld, citado por Ehrbard, escribe en su *Diario* este juicio, que en 1816 corría por los salones de Viena: «Mozart y Beethoven son unos viejos pedantes, que gustan de la tonta época pasada; hasta Rossini no hemos sabido qué es melodía. *Fidelio* es una basura; no se comprende cómo hay quien vaya a aburrirse oyéndolo.»

Beethoven dió su último concierto, como pianista, en 1814.

[2] Beethoven perdió este mismo año a su hermano Carlos. «Amaba mucho la vida; yo, en cambio, daría la mía de buena gana», escribe, entonces, a Antonia Brentano.

[3] Aparte de su sordera, su salud iba de mal en peor, y desde octubre de 1816, padeció de un catarro inflamatorio. En el verano de 1817, su médico le dijo que su mal era del pecho, y durante todo el invierno siguiente sufrió de esta

conversación es de 1816—[1]. Conocido es el doloroso relato de Schindler a propósito de la representación de *Fidelio*, en 1822: «Beethoven pidió que se le dejara dirigir el ensayo general... A partir del dúo del acto primero, se evidenció que no oía nada de cuanto pasaba en el escenario. La acción sa retardaba considerablemente, y, mientras la orquesta era dócil a su batuta, los cantores corrían a su gusto. La confusión era general. El director habitual de orquesta, Umlanf, propuso un momento de descanso, sin decir por qué; y después de haber hablado brevemente con los cantantes, se volvió a empezar. Igual desorden se produjo de nuevo, y fué necesario hacer una segunda pausa. Era claro que no podía continuar Beethoven

pretendida tisis. Luego, los reumas agudos de 1820-21, la conjuntivitis de 1823.—El 12 de noviembre de 1821, Beethoven, que entonces componía la *Misa en re*, escribe a Franz Brentano: «Desde el pasado año he estado malo siempre... Ahora, gracias a Dios, estoy algo mejor y me parece que puedo de nuevo vivir para mi arte; pues, para hablar con propiedad, no ha sido vida esta mía, con tanta dolencia y tantos sufrimientos de toda clase.»

[1] Nótese que, en este año, se inició un cambio de estilo en su música, que parte de la *Sonata* op. 101.

Los libritos de conversación de Beethoven, que forman un total de 11.000 páginas manuscritas, están hoy reunidos en la Biblioteca Real de Berlín.

dirigiendo la obra, pero nadie tenía tan mal corazón que se atreviese a decirle: «Quítate de ahí, desgraciado, que tú no puedes dirigir.» Beethoven, inquieto, desasosegado, se volvía a todas partes, esforzándose en leer en la expresión de cada rostro y de comprender en qué estaba la dificultad; pero sólo le respondía un silencio unánime. De pronto, me llamó imperiosamente, y cuando estuve a su lado me ofreció su librito, indicándome que escribiera. Yo escribí lo siguiente: «Le ruego que no continúe dirigiendo; en casa le diré por qué.» Entonces saltó al patio, gritándome: «¡Vámonos ahora mismo!» En otro salto se puso en casa, entró y se dejó caer sin fuerzas en un sofá, oculto el rostro entre sus manos, permaneciendo así hasta la hora de la comida. En la mesa no me fué posible sacarle una palabra; su semblante reflejaba el abatimiento y el dolor más profundos. Después de comer, cuando iba ya a dejarlo, me retuvo, expresándome su deseo de no quedarse solo, y me rogó luego que le acompañara a casa de su médico, que era reputadísimo como especialista en enfermedades del oído... No recuerdo en el resto de mis relaciones con Beethoven, un día que pueda compararse a este día

funesto de noviembre... Le habían roto el corazón; y hasta el día de su muerte, vivió bajo la impresión de aquella escena terrible» [1].

Dos años más tarde, el 7 de mayo de 1824, al dirigir la *Sinfonía con coros* (o mejor, como reza el programa, «tomando parte en la dirección del concierto»), no oía el estrépito de las aclamaciones, ni se dió cuenta de nada hasta que una de las cantantes, cogiéndolo de la mano, le hizo que se volviera hacia el público, que estaba de pie, agitando sus sombreros y tocando las palmas. Un inglés, Russel, que lo oyó tocar el piano hacia 1825, cuenta que cuando quería tocar delicadamente, las teclas no sonaban y que era conmovedor advertir, en el silencio, la emoción que lo embargaba, por su rostro y por sus dedos crispados.

Maduro por dentro [2] y alejado de los hombres, no tenía otro consuelo que el de la naturaleza. «Era su única confidente», dice Teresa de Brunswick. También fué su refugio.

[1] Schindler, amigo íntimo de Beethoven desde 1819, le conocía desde 1814; pero Beethoven se había mostrado rehacio a concederle su amistad y lo trató mucho tiempo con una despreciativa altanería.

[2] Véanse las páginas admirables de Wagner sobre la sordera de Beethoven. (*Beethoven*, 1870).

Charles Neate, que lo conoció en 1815, dice que nunca había conocido a nadie que amara así las flores, las nubes, toda la naturaleza, [1] hasta tal punto que parecía vivir en ellas. «No es posible que haya en el mundo quien ame el campo como yo, escribe Beethoven... Un árbol me es más caro que un hombre...» En Viena daba diariamente la vuelta por los extramuros, y cuando estaba en el campo, paseaba solo, de la mañana a la noche, sin sombrero, que lloviera o que hiciera sol. «¡Dios mío, qué feliz soy en los bosques, donde cada árbol es una voz tuya! ¡Qué esplendor, Dios mío! La paz necesaria para servirte está aquí, en estas selvas y en estas colinas.»

El campo le daba alguna tregua a la inquietud de su espíritu. Constantemente estaba preocupado por la falta de dinero, y en 1818 escribía: «Pobre como un mendigo, es preciso que aparente que no carezco de nada.» Y en otra ocasión: «¡He escrito la sonata op. 106 en

[1] Amaba los animales piadosamente. La madre del historiador von Frimmel decía que, durante mucho tiempo, le tuvo a Beethoven un odio involuntario, porque, cuando ella era niña, le quitaba él con su pañuelo todas las mariposas que quería ella cazar.

circunstancias tan apremiantes! ¡Qué duro es trabajar para comer!» Cuenta Spohr que, a menudo, tenía que quedarse en casa por falta de zapatos. [1] Debía mucho a sus editores y sus obras no le producían nada. La suscripción para la *Misa en re* sólo llegó a siete inscripciones, entre las cuales no había el nombre de un solo músico [2], y por sus admirables sonatas, cada una de las cuales le costaba tres meses de trabajo, cobraba escasamente treinta o cuarenta ducados. El príncipe Galitzin le encargó sus cuartetos (op. 127, 130, 132), las más hondas tal vez de sus obras, que parecen escritas con su sangre; pero nunca se los pagó. Y el pobre Beethoven se consumía entre sus aprietos caseros y sus pleitos, que nunca terminaban, para ver de cobrar las pensiones que le debían o de conservar la tutela de un sobrino, hijo de su hermano Carlos, que la tisis mató en 1815.

En este niño concentró toda la pasión de sacrificio de que rebosaba su corazón. ¡Qué acer-

[1] Siempre estuvo mal instalado. En treinta y cinco años que vivió en Viena, se mudó treinta veces.

[2] Beethoven se había dirigido personalmente a Cherubini, el músico «que él estimaba más entre sus contemporáneos.» (Nohl. *Cartas de Beethoven*, CCL.) Cherubini no le respondió.

bos sufrimientos le esperaban! Se diría que un hado cuidase de renovar y de acrecer sin descanso su tristeza para que su genio no se quedara sin sustento. Primeramente, tuvo que disputar el niño a la madre, indigna de él, que quería llevárselo consigo:

«¡Dios mío, escribe, fuerza y defensa mía, mi único refugio; tú que lees en el fondo de mi alma, sabes bien la pena que me da cuando tengo que hacer sufrir a los que quieren robarme a este niño, que es mi tesoro! [1] ¡Óyeme, tú que no sé cómo te llamas; acoge benignamente la súplica fervorosa de la más desgraciada de tus criaturas!»

«¡Dios mío, ven en mi ayuda! Mírame tú, abandonado de todos porque no quiero transigir con la injusticia! ¡Concédeme que, algún día pueda yo vivir con mi niño! ¡Qué suerte tan mala! ¡Qué destino más implacable! No, no. ¡Mi desgracia no terminará nunca!»

Este niño, tan entrañablemente querido, había de mostrarse indigno, luego, del cariño de

[1] «Jamás tomo venganza de nadie, escribe, en otra ocasión, a Mme. Streicher. Cuando me veo obligado a ir contra los demás, no hago sino lo estrictamente necesario para defenderme o para evitar que se haga el mal.»

su tío. La correspondencia de Beethoven con él, como la de Miguel Angel con sus hermanos, es dolorosa y pasional, si bien más sencilla y más conmovedora:

«¿Otra vez voy a ser pagado por la más abominable de las ingratitudes? Bien, si debemos separarnos, hagámoslo. La gente imparcial que sepa esto, te aborrecerá... Si es que te pesa el pacto que nos une, le pido a Dios que haga lo que tenga a bien. A El te encomiendo; por mi parte he hecho cuanto he podido y puedo presentarme tranquilo ante el Juez Supremo...» [1].

«Estás bastante maleado; no te vendría mal intentar de una vez ser honrado y franco; he sufrido mucho con tu hipócrita modo de ser para conmigo, y no me sería fácil olvidarlo... Dios es testigo de que mi deseo sería vivir muy lejos de ti y de mi pobre hermano, de toda esta detestable familia... Nunca más tendré confianza en ti.» Y luego, firma: «Tu padre, por mi desgracia, pero no, tu padre, nunca» [2].

Mas pronto vino el perdón:

[1] Nohl, CCCXLIII.
[2] Nohl, CCCXIV.

«Mi querido hijo: No hay más que hablar; ven a mis brazos, que no te diré una sola palabra de reconvención... Mi cariño para ti será el de siempre y hablaremos, como dos amigos, de tu porvenir. Nada te reprocharé, palabra de honor. A nada vendrían los reproches. No temas de mí sino el afecto y la ayuda más cariñosa. Ven, que te espera el corazón fiel de tu padre. Vente en cuanto recibas esta carta.» (Y en el sobre, en francés: *«Si vous ne viendrez pas, vous me tuerez sûrement»)* [1].

«No me mientas, suplica, quédate siempre conmigo, hijo mío. ¡Qué terrible ingratitud si me pagaras con tu falsedad, como me dicen!... Adiós. Yo, que no te di la vida, pero que te la he guardado, poniendo todo el cuidado posible en tu desarrollo moral, te suplico, con el cariño de un padre, y del mismo fondo de mi corazón, que no abandones el único camino recto, que es el del bien y la justicia. Tu fiel y bondadoso padre» [2].

[1] Nohl, CCCLXX.

[2] Nohl, CCCLXII-LXVII.—Una carta que acaba de encontrar Kalischer en Berlín, da testimonio del afán con que quería Beethoven hacer de su sobrino «un ciudadano útil.» (1.° de febrero de 1819).

Después de haber soñado mil cosas para el porvenir de este sobrino, que no era torpe, y que Beethoven quería que entrara en la Universidad a seguir una carrera, hubo de resignarse a hacer de él un comerciante. Pero Carlos era jugador y se cargaba de deudas. Por un triste fenómeno, más frecuente de lo que parece, la elevación moral de su tío, en vez de hacerle bien, le molestaba, le exasperaba, lo inducía a la rebelión, como él mismo dice en frase terrible, que pinta a lo vivo su alma ruin: «Como mi tío quería que yo me enmendase, fuí peor.» En el estío de 1826, llegó a dispararse un tiro en la cabeza. No murió él, pero Beethoven estuvo a punto de morir y nunca ya se repuso de esta terrible emoción [1]. Carlos siguió viviendo para martirio de su tío, en cuya muerte no dejó de tener buena parte. Cuando murió Beethoven, Carlos no estaba con él. «Nunca me ha abandonado Dios, escribe Beethoven a su sobrino años antes de morir, y no faltará quien me cierre los ojos».

[1] Schindler, que lo viera por entonces, dice que se quedó, de pronto, destrozado, sin fuerzas ni voluntad, como un viejo de setenta años. Si Carlos hubiese muerto, seguramente habría muerto él. Murió meses después.

Pero no habría de ser aquel a quien llamaba «su hijo» [1].

DESDE esta sima de tristeza, Beethoven va a exaltar la Alegría. Era ésta ilusión de toda su vida, pues en 1793, aun en Bonn, la acariciaba [2]. Durante toda su existencia pensó cantar la alegría y coronar con este canto una

[1] El diletantismo moderno ha andado en esto, naturalmente, y ha intentado justificar estas palabras.

[2] Carta de Fischenich a Carlota Schiller (enero de 1793). La Oda de Schiller fué escrita en 1785.—El tema actual está en la *Fantasía para piano, orquesta y coro,* (op. 80) (1808) y en el *lied* sobre letra de Gœthe: *Kleine Blumen, kleine Blætter.* (1810).—Yo mismo he visto—en un cuaderno de notas de Beethoven (1812) propiedad del Dr. Erich Prieger, de Bonn,—que entre los bocetos de la *Séptima Sinfonía* y de una *Obertura de Macbeth*, hay un ensayo de adaptación de la poesía de Schiller al tema que utiliza más tarde en la *Obertura* (op. 115), *Namensfeier;* y algunos de los motivos instrumentales de la *Novena Sinfonía* aparecen ya antes de 1815. El tema definitivo de la Alegría es de 1822, como los otros aires de la sinfonía, excepto el *trío*, que es posterior, el *andante moderato*, que viene luego y el *adagío*, que es el último.

A propósito del poema de Schiller y de la falsa interpretación que ha querido dársele sustituyendo la palabra *Freude* (Alegría), por *Freiheit* (Libertad), puede verse un artículo de Charles Andler publicado en *Pages Libres* (8 de julio de 1905).

de sus grandes obras; dudó constantemente de cómo habría de ser el himno y la obra en que podría tener cabida y no sabía ni si sería en su *Novena Sinfonía*. Hasta última hora, tuvo la idea de dejar la *Oda* para una sinfonía décima o una oncena. Debe advertirse que la *novena* no se titula, como suele creerse: *Sinfonía con coros*, sino *Sinfonía con un coro final sobre la Oda a la Alegría*. Pudo terminar de otro modo, y faltó poco para que fuera así. En julio de 1823, Beethoven pensaba aún en darle un *final* instrumental, que empleó inmediatamente en el cuarteto op. 132. Czerny y Sonnleithner llegan a decir que aun después de haberla tocado (mayo de 1824), Beethoven no había desistido de su idea.

Tropezaba, para introducir el coro en una sinfonía, con grandes dificultades técnicas de que son testimonio sus cuadernos y sus múltiples ensayos para que las voces entraran de otra manera y en diferente momento de la obra. En los esbozos de la segunda melodía del *adagio* [1], dice: «Tal vez sería este el lugar del coro.» Pero no se decidía a ser in-

[1] Biblioteca de Berlín.

fiel a su fiel orquesta. «Cuando me llega una idea, dice, la escucho en un instrumento, nunca en la voz humana». Por tal razón, retrasa cuanto le es posible el instante de dar entrada a las voces, y llega a dar primeramente a los instrumentos no ya los recitados del *final* [1], sino el tema mismo de la Alegría.

Pero es preciso ir más allá en la explicación de tales dudas y aplazamientos, porque hay una razón más honda. Este hombre sin ventura, constantemente atormentado por la nostalgia, aspiró siempre a cantar las excelencias de la Alegría, y año tras año, aplazaba su proyecto, arrastrado sin cesar por el torbellino de sus pasiones y de sus melancolías. Hasta el día último, no pudo realizarlo. ¡Pero entonces con cuánta grandeza!

En el instante en que el tema de la Alegría va a hacer su primera aparición, la orquesta se calla bruscamente... Un súbito silencio da a la venida del himno no sé qué carácter divino y misterioso. En verdad, el tema es cosa celeste. En medio de una paz sobrenatural, baja del cielo la Alegría, a acariciar el dolor con su leve

[1] *Also ganz als ständen Worte darunter.* (Exactamente como si estuviesen por dentro las palabras.)

aliento, y es de tal ternura la primera impresión que nos hace en el corazón convaleciente, que, como aquel amigo de Beethoven, «dan ganas de llorar al ver sus ojos dulces». Las voces entran quedamente al comienzo con un aire de seriedad y de embargo, pero poco a poco la Alegría se apodera del alma, como en una lucha, en una conquista del dolor. Y son los ritmos de camino, los ejércitos en marcha, la canción férvida y entrecortada del tenor, todas esas páginas estremecidas en las que parece alentar Beethoven mismo, que jadean con el ritmo de su aliento y con el inspirado clamor suyo al componer su obra mientras recorría los campos, sobrecogido de un demoníaco furor, como un viejo rey Lear a través de la tempestad. A la bélica alegría sucede el éxtasis religioso; luego viene una orgía sacra, delirio de amor. Toda una humanidad trémula alza los brazos al cielo, y en un poderoso clamoreo, se levanta hacia la Alegría y la aprieta contra su corazón.

La obra del gigante vino a demostrar la mediocridad del público; Viena, la frívola, entregada por entero a Rossini y a las óperas italianas, vaciló, pero sólo por un momento, y Beet-

hoven, humillado y entristecido, quiso irse a Londres y pensó en que se tocara allí su *Novena Sinfonía*. Por segunda vez, como en 1809, algunos nobles amigos le suplicaron que no abandonara la patria. «Sabemos, decían, que ha escrito usted una nueva composición de música sacra [1], en la que expresa usted las emociones que le inspira *su profunda fe*. La *luz sobrenatural* de que está penetrada esa gran alma vuestra, la ilumina. Sabemos, además, que la guirnalda de sus magníficas sinfonías se ha enriquecido con una nueva flor inmortal... Durante estos últimos años, su silencio era la tristeza de aquellos que tenían puestos los ojos en usted [2]. ¡Qué dolor nos causaba este mutismo del hombre genial, que tan alto lugar ocupa entre los vivos, mientras que cierta música extranjera intentaba naturalizarse en nuestra patria, haciendo caer en el olvido las producciones del arte alemán!... Sólo de usted puede esperar nuestro país una vida nueva, nuevos

[1] La *Misa en ré*, op. 123.

[2] Beethoven, agobiado por los apuros caseros, por la pobreza, por preocupaciones de todo género, no escribió, desde 1816 a 1821, más que tres obras de piano (op. 101, 102, 106). Sus enemigos decían que estaba agotado. En 1821, volvió de nuevo a su trabajo constante.

laureles, otra era de verdad y de belleza, pésele a la moda del momento. Dénos la esperanza de ver pronto satisfechos nuestros anhelos... Y así la primavera que entra ahora podrá florecer doblemente, por vuestro beneficio, para nosotros y para el mundo» [1].

Este memorial generoso muestra bien a las claras cuál era el influjo, no ya solamente artístico, sino moral, que Beethoven gozaba entre los escogidos de Alemania. La primera palabra que viene a la boca de sus admiradores en alabanza de su genio, no es ciencia, ni arte: es *fe* [2]. Tal mensaje emocionó profundamente a Beethoven, que se quedó en su patria. El 7 de mayo de 1824, se dió en Viena la primera audición de la *Misa en re* y de la *Novena Sinfonía*. Fué un éxito triunfal que llegó a tomar

[1] Febrero de 1824. Firman: El príncipe C. Lichnowski, el conde Mauricio Lichnowski, el conde Mauricio de Fríes, el conde M. de Dietrichstein, el conde F. de Palfy, el conde Czernin, Ignacio Edler de Mosel, Charles Czerny, el cura Stadler, A. Diabelli, Artaria y C.ª, Steiner y C.ª, A. Streicher. Zmeskall, Kiesewetter y otros.

[2] «Mi moralidad es conocida de todos», dice orgullosamente Beethoven al Municipio de Viena, el 1.° de febrero de 1819, al reivindicar su derecho de tutela sobre su sobrino. «Escritores como Weissenbach han creído que merecía consagrarle artículos.»

cierto carácter revolucionario. Cuando apareció Beethoven, fué acogido con cinco salvas de aplausos, cuando la costumbre en este país ceremonioso era hacer sólo tres para la entrada de la familia imperial; y tuvo la policía que intervenir para poner término a las manifestaciones. La sinfonía levantó un entusiasmo frenético; muchos lloraban; Beethoven se desvaneció de emoción después del concierto y fué llevado a casa de Schindler, en donde permaneció amodorrado, sin desnudarse, sin comer ni beber, toda la noche y la mañana siguiente. Más el triunfo fué pasajero, y el resultado práctico nulo para Beethoven, pues el concierto no le produjo nada y en nada cambió la penuria de su vivir. Volvió a encontrarse pobre, enfermo [1], y abandonado; pero vencedor [2] de la medio-

[1] En agosto de 1824, tenía el temor de morir repentinamente, «como mi abuelo querido, a quien tanto me parezco». Carta de Beethoven al doctor Bach. 16 de agosto de 1824.

Padecía mucho del estómago y se agravó en el invierno de 1824. En mayo de 1825, tuvo hemorragias diversas. El 9 de junio de 1825, escribe a su sobrino: «Mi debilidad no puede ya ser mayor... La de la guadaña no tardará mucho.»

[2] En Alemania, la *Novena Sinfonía* fué tocada por vez primera, en Francfort, el 1.° de abril de 1825; en Londres se había tocado el 25 de marzo de este año; en París, el 27 de

cridad humana, de su propio destino, de su martirio.

«Sacrifica, sacrifica siempre a tu arte las frioleras de la vida. ¡Dios sobre todo!» *(O Gott über alles).*

BEETHOVEN se ha refugiado ahora en la ilusión de toda su vida; se ha decidido por la Alegría. ¿Sabrá permanecer en esta cumbre de la existencia, que domina las tempestades? Cierto que volvió a caer muchas veces en las agonías antiguas y que por sus últimos cuartetos pasan sombras extrañas; pero, sin embargo, se diría que la victoria de la *Novena Sinfonía* dejó en él por siempre su insignia gloriosa. Los proyectos para lo porvenir [1]: la *Décima Sinfo-*

marzo de 1831, en el conservatorio. Mendelssohn, a los diez y siete años, la tocó al piano, el 14 de noviembre de 1826, en la Jaegerhalle de Berlín. Wagner la copió entera cuando estudiaba en Leipzig, y en carta del 6 de octubre de 1830, ofrece al editor Schott un arreglo para piano a dos manos. Puede decirse que la *Novena Sinfonía* decidió de la vida de Wagner.

[1] «Ni Apolo ni las Musas han de querer que yo me muera tan pronto, porque ¡les debo tanto todavía! Antes de mi viaje

nía [1], la *Obertura sobre el nombre de Bach*, la música para la *Melusina* de Grillparzer [2], la *Odisea* de Körner y el *Fausto* de Goethe [3], el ora-

a los Campos Elíseos, tengo que dejar hecho cuanto el Espíritu me inspira y me manda hacer. Creo que sólo he escrito dos o tres notas.» (A los hermanos Schott, en 17 de septiembre de 1824.—Nohl, *NeueBriefe*, CCLXXII).

[1] Beethoven escribe a Moscheles el 18 de marzo de 1827: «Tengo en mi cajón una sinfonía completamente dispuesta, y una nueva obertura.» El boceto de esa sinfonía nunca ha sido visto. En las notas de Beethoven se lee:

«Adagio canto.—Canto religioso para una sinfonía a la manera antigua *(Herr Gott dich loben wir.—Alleluja)*, bien de modo independiente, o como instrucción a una fuga. Esta sinfonía pudiera caracterizarse por el empleo de voces, ya en el *final* o desde el *adagio*. Los violines de la orquesta. etc., separados en los últimos compases. Las voces deben entrar una a una, o repetir de un modo u otro el *adagio* en los últimos compases. Letra del *adagio:* un mito griego (o) un canto religioso; el *alegro*, fiesta en honor de Baco.» (1818).

Como se ve por estos apuntes, la conclusión coral estaba aún reservada para la *Décima*, no para *Novena Sinfonía*.

Después dice en otra ocasión que en la *Décima Sinfonía* quiere llevar a cabo «la reconciliación del mundo moderno con el mundo antiguo, que Gœthe había intentado en su *Segundo Fausto*».

[2] El asunto es la leyenda de un caballero, amado y cautivo de un hada, que sufre la nostalgia de la libertad. Hay alguna analogía entre este poema y el de *Tannhœuser*. Beethoven trabajó en esta obra desde 1823 a 1826. (Véase A. Ehrvard: *Franz Grillparzer;* 1900.)

[3] Beethoven tenía el propósito, desde 1808, de escribir la música del *Fausto*. (Acababa de publicarse la primera parte de esta obra con el título de Tragedia. Otoño de 1807.) Era este el proyecto que más le gustaba. *(Was mir und der Kunst das Hœchste ist.)*

torio bíblico sobre *Saul y David,* revelan un espíritu atraído por la poderosa serenidad de los grandes maestros viejos de Alemania, Bach y Hændel, y más aún, por la claridad del Mediodía: el Sur de Francia o aquella Italia que él soñaba recorrer [1].

El doctor Spiller, que lo vió en 1826, dice que su rostro se había tornado feliz y jovial. Aquel mismo año, cuando Grillparzer le habla por última vez, Beethoven contagia de energía al poeta desolado: «¡Ay, si yo tuviera, dice éste, la milésima parte de su fuerza y de su firmeza!» Eran duros los tiempos; la reacción monárquica oprimía las almas libres. «La censura me ha matado, gemía Grillparzer. Es necesario irse a la América del Norte si se quiere hablar y pensar libremente». Pero no había poder que amordazara el pensamiento de Beethoven. «Las palabras están presas, pero las notas, afortunadamente, están aún libres», le escribe el poeta Kuffner. Beethoven es la inmensa voz libre, la

[1] «Sí, sí, el sur de Francia.» *(Südliches Frankreich, dahin! dahin!.)* (Cuaderno de la Biblioteca de Berlín).—«... Irme de aquí, sí. Solamente entonces podrás otra vez remontarte a las regiones últimas de tu arte... Una sinfonía..., y al momento irme, irme, irme... En el verano, trabajar para el viaje... Recorrer Italia y Sicilia en compañía de algún otro artista...» (Id).

única, quizás, del pensamiento alemán de entonces, y él lo sabía. A menudo habla del deber que tiene de velar, con su arte, «por la pobre humanidad», por la «humanidad futura» *(der künftigen Menschheit)*, de hacerle todo el bien posible, de infundirle valor, de despertarla, de flagelar su cobardía. «Nuestro tiempo, escribe a su sobrino, necesita espíritus fuertes que azoten estas miserables almas humanas». El doctor Müller, dice, en 1827, que «Beethoven se expresaba siempre descaradamente, aun en público, sobre el Gobierno, sobre la justicia y sobre la aristocracia. La policía lo sabía, pero toleraba tales críticas y sátiras como delirios inofensivos, y no molestaba al hombre cuyo genio resplandecía de manera tan extraordinaria» [1].

Nada era capaz de doblegar esta indomable energía, que parecía entonces divertirse, como

[1] Parece que, en 1819, sufrió persecución de la justicia por haber gritado «que, después de todo, Cristo no era más que un Judío crucificado.» Escribía a la sazón la *Misa en re*. Bastante dice ésta de la libertad de sus ideas religiosas.—En cuanto a sus opiniones políticas, Beethoven atacaba violentamente los prejuicios y los vicios del gobierno. Entre otras cosas, le reprochaba la organización de la justicia, arbitraria y servil, trabada por los largos procesos, la de la policía, que siempre iba más allá de sus atribuciones; la burocracia inerte, que ahogaba toda iniciativa particular y paralizaba

con un juguete, con el dolor. La música escrita en estos últimos años, a pesar de las circunstancias penosísimas en que fué compuesta [1], ofrece a menudo un carácter, nuevo del todo, de ironía, de desprecio heroico y alegre. El nuevo *final* del *cuarteto* op. 130, que es el último que termina, cuatro meses antes de morir (en noviembre de 1826), es sumamente regocijado. En realidad, esta alegría no es la alegría de todo el mundo; ya es la risa agria y socarrona de que Moscheles habla, ya el sonreir conmovedor, flor de tanto sufrimiento dominado. No importa; ha vencido y no cree en la muerte.

...Pero la muerte llegaba. A fines de noviembre de 1826, fué presa de una pleuresía; cayó enfermo en Viena, de vuelta de un viaje emprendido, en pleno invierno, por asegurar el porvenir de su sobrino [2]. Sus amigos estaban

toda acción; los privilegios de una aristocracia degenerada, que se arrogaba exclusivamente los altos cargos del Estado; la impotencia del soberano para procurar el bienestar de los ciudadanos.—Sus simpatías políticas parecen estar entonces con Inglaterra.

[1] El intento de suicidio de su sobrino.

[2] Véase sobre *La última enfermedad y la muerte de Beethoven*, el artículo del Dr. Klotz-Forest, en la *Chronique médicale* del 1.° y del 15 de abril de 1906.—En los *Cuadernos de conversación* hay indicaciones bastante claras, pues allí están

lejos, y encargó a Carlos que buscara un médico. El miserable olvidó el encargo y no volvió a acordarse hasta dos días después. Acudió tarde el médico y trató con desacierto a Beethoven. Durante tres meses, su constitución atlética luchó con la enfermedad. El 3 de enero de 1827, instituyó heredero universal al sobrino que tanto quería, pensó en sus caros ami-

apuntadas las consultas al médico; también las hay en lo escrito por el médico mismo (Dr. Wawruch, que está publicado con el título: *Aerztlicher Rückblick auf L. V. B. letzte Lebenstage*, en la *Wiener Zeitschrift* en 1842.) (Firmado en 20 de mayo de 1827):

La enfermedad tuvo dos períodos: uno de trastornos pulmonares, conjurados, a lo que parece, a los seis días. «Al séptimo día pudo ya levantarse, andar, leer y escribir». Otro de trastornos digestivos, complicados con trastornos circulatorios. «El octavo día me lo encontré deshecho, con todo el cuerpo amarillo. Un cólico agudo le había puesto aquella noche en peligro de muerte.» La hidropesía se desarrolló entonces.

Causas morales, poco conocidas, motivaron recaída tal. «La ira furiosa, el hondo dolor en que la ingratitud lo había sumido, y un inmerecido insulto, trajeron el ataque. Estaba inquieto y tembloroso, doblado por el dolor, que le partía las entrañas.» Tal dice el doctor Wawruch.

El doctor Klotz-Forest, resumiendo estas diversas observaciones, diagnostica el mal como una cirrosis atrófica de Laënnec (enfermedad del hígado), con ascitis, y edema de las extremidades inferiores, que vino tras la congestión pulmonar. Cree que contribuyó a la dolencia el abuso de las bebidas alcohólicas. Ya lo había dicho el doctor Malfatti: «*Sedebat et bibebat.*»

gos del Rhin, y escribió a Wegeler: «¡Cuánto quisiera decirte! Pero estoy tan débil... Unicamente puedo estrecharos, a ti y a tu Lorchen, contra mi corazón». La miseria hubiera ensombrecido sus últimos momentos a no ser por la generosidad de algunos amigos de Inglaterra... Se había tornado dulce y paciente [1]. Sobre el lecho en que agonizaba, después de tres operaciones y esperando la cuarta [2], escribe serenamente: «Tengo paciencia y pienso que no hay mal que no nos reporte algún bien.»

El bien fué la redención, «el fin de la comedia de su vida», como él dijo al morir; de la tragedia, diremos nosotros.

Murió durante una tormenta de nieve, en un relámpago. Una mano extraña le cerró los ojos [3] (26 de marzo de 1827).

[1] En los *Recuerdos* del cantante Ludwig Gramolini, que acaban de publicarse, hay una conmovedora página, que refiere la visita de Gramolini a Beethoven, durante su última enfermedad. Beethoven mostraba una serenidad y una bondad emocionantes. (Véase la *Frankfurter Zeitung* del 29 de septiembre de 1907).

[2] Las operaciones fueron el 20 de diciembre, el 8 de enero, el 2 y el 27 de febrero.—El pobre estaba, en su lecho de muerte, comido de chinches. (Carta de Gerhard von Breuning.)

[3] El joven músico Anselmo Hüttenbrenner. «¡Bendito sea

MUCHOS han exaltado su grandeza artística. Pero Beethoven es mucho más que el primero de los músicos, es el valor más heroico del arte moderno, el más grande y el mejor amigo de los que sufren y de los que luchan. Si las miserias del mundo nos entristecen, él se sienta a nuestro lado, como iba, en vida, a sentarse al piano de una madre dolorosa, y, sin hablar, la consolaba, en su soledad, con la armonía de su lamento de resignación. Y cuando el cansancio del eterno e inútil combatir contra la mediocridad de los vicios y de las virtudes nos abate, ¡qué indecible bien es templarse en este mar de voluntad y de fe! De él

Dios! Démosle las gracias por haber puesto fin a este largo y horrible martirio.»

Todos los manuscritos, los libros y los muebles de Beethoven se vendieron por 1.575 florines. Comprendía el catálogo 252 manuscritos y libros musicales, que no pasaron de 982 florines, 37 kreutzer. Los *Cuadernos de conversación* y los *Tagebücher* fueron vendidos por 1 florín, 20 kreutzer.—Entre los libros estaban estos: *Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, de Kant; *Anleitung zur Kenntnis des gestirnten Himmels*, de Bode; *Nachfolge Christi*, de Thomes von Kempis. La censura intervino: *Spaziergang nach Syrakus*, de Seume; *ueber den Adel*, de Kotzebue, y *Ausichten von Religion und Kirchen tum*, de Fessler.

emana un contagio de valentía, no sé qué felidad de luchar [1], la embriaguez de una conciencia que siente dentro de ella un Dios. Parece que, en una constante comunión con la naturaleza [2] Beethoven acabó por asimilarse sus profundas energías. Grillparzer, que lo admira con una suerte de temor, dice de él: «Llegó a ese punto temible en que el arte se funde con los salvajes y caprichosos elementos». Schumann escribe algo parecido de la *Sinfonía en do menor:* «Por mucho que se la oiga, ejerce sobre nosotros un poder invariable, como esos fenómenos de la naturaleza que, por más que se repitan, nos sobrecogen siempre de miedo y de estupor». Y Schindler, su confidente, añade: «Se acogió al espíritu de la naturaleza». Verdad; Beethoven es una fuerza natural; y es un espectáculo de grandeza homérica, ese luchar de una fuerza elemental contra el resto de la creación.

1 «Me siento feliz siempre que venzo cualquier cosa.» (Carta a la Amada Inmortal).—«Quisiera vivir mil veces la vida... No soy para una vida tranquila.» (A Wegeler, 16 de noviembre de 1801.)

2 «Beethoven me enseñó la ciencia de la naturaleza y me guió en este aprendizaje como en el de la música. Era el poder elemental de la naturaleza, no sus leyes, lo que lo maravillaba.» (Schindler.)

Su vida entera parece un día de tormenta. Al comienzo, es cual una mañana adolescente y límpida, apenas recorrida de languidez, pero en cuyo aire inmóvil hay ya una amenaza secreta, no se sabe qué pesado presentimiento. De pronto, pasan sombras inmensas, trágicos murmullos, silencios temibles y zumbadores; los vendavales furibundos de la *Heroica* y de la en *Do menor*. La pureza del día no se ha apagado, sin embargo; sigue la alegría siendo alegre y la tristeza está alumbrada de esperanza. Pero, a partir de 1810, el equilibrio del alma se rompe; la luz se torna extraña; como vapores, los más claros pensamientos suben y se disipan y tornan a aparecer, obscureciendo el corazón con su veleidoso trastorno melancólico. A menudo, la idea musical parece borrarse del todo, ahogada, después de haber surgido, una o dos veces, de la bruma, y sólo vuelve a aparecer, al final del fragmento, en un instante aborrascado. La misma alegría ha cobrado un aire áspero y salvaje; no sé qué calentura, qué veneno [1] se mezcla a todos los sentimientos...

[1] «¡Tan bella como es la vida! Pero la mía está ya *envenenada (vergiftet)* para siempre.» (Carta del 2 de mayo de 1810, a Wegeler.)

El nublado se amontona a medida que la tarde cae; y son los densos nubarrones hinchados de relámpagos, negros de duelo, preñados de truenos, del comienzo de la *Novena*... Súbitamente, en lo más recio del huracán, se rajan las tinieblas, es arrojada la sombra del firmamento, y la serenidad del día torna, por un acto de voluntad.

¡Qué victoria vale lo que esta victoria; qué batalla de Bonaparte, qué sol de Austerlitz tienen la gloria de este esfuerzo sobrehumano, de esta conquista, la más luminosa que haya nunca hecho el espíritu! Un desventurado, pobre, enfermo y solitario, el dolor hecho hombre y a quien el mundo niega la alegría, crea la alegría por sí mismo para dársela al mundo; y la forja con su tristeza, como lo ha dicho él mismo en unas palabras valientes, resumen de su vida, que son la divisa de todas las almas heroicas:

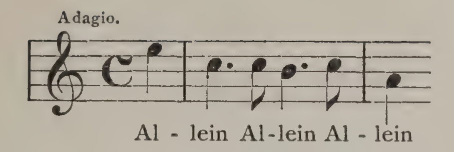
«POR EL DOLOR, LA ALEGRÍA»

DURCH LEIDEN FREUDE

(A Lichnowsky, 21 de septiembre de 1814.)



APÉNDICE



(A Lichnowsky, 21 de septiembre de 1814.)

TESTAMENTO DE HEILIGENSTADT [1]

A MIS HERMANOS
CARL ET (JOHANN) [2] BEETHOVEN

¡HOMBRES que me creéis rencoroso, loco o misántropo, qué injustos sois conmigo! ¡Vosotros ignoráis la razón oculta de estas apariencias! Desde mi infancia, mi alma se mostró inclinada al dulce sentimiento de la bondad y siempre me encontré dispuesto a realizar las más grandes acciones. Pero tened en cuenta la horrorosa situación en que desde hace seis años vivo, agravada por médicos ignorantes que me engañan con la esperanza de una ilusoria mejoría, y, limitado, en fin, a la perspectiva de

[1] Heiligenstadt es un barrio de Viena en el que Beethoven estaba a la sazón de temporada.
[2] El nombre ha sido olvidado en el manuscrito.
Las palabras en cursiva están subrayadas en el texto.

una *enfermedad crónica*, cuya curación exige probablemente años y años, si es que no es imposible.

De un temperamento apasionado y vivo como soy, aficionado a la vida social, me ha sido preciso desde el primer momento, apartarme de los hombres y llevar una vida solitaria. A veces, intentaba sobreponerme a todo esto; pero ¡ay!, cuán duramente la renovada experiencia de mi achaque me vencía. Y no era posible que yo dijera a los hombres: «¡Habladme más alto, gritadme, que soy sordo!» No me hubiera sido posible descubrir entonces la carencia de *un sentido* que debiera ser en mí más perfecto que en nadie, y que yo he poseído, en otro tiempo, en la mayor plenitud, con una perfección que seguramente no tuvieron jamás los mejores de mi oficio. ¡Oh, esto no es posible tolerarlo! Perdonadme, pues, si vivo apartado, cuando mi gusto sería estar en vuestra compañía. Mi desgracia me es doblemente dolorosa porque debo ocultarla; no puedo encontrar distracción en la sociedad, en las conversaciones apacibles, en las mutuas efusiones. Solo, completamente solo, no entro en la vida hasta que me lo exige una necesidad imperiosa; y debo vivir como un proscrito. Si me acerco a una tertulia, el miedo de que puedan advertir mi

estado, me sobrecoge con una angustia espantosa.

Por eso he pasado estos seis meses en el campo. La ciencia de mi médico me persuadió a que prodigara mi oído lo menos posible; no hizo sino darme gusto; y con todo, siempre que era solicitado por mi natural inclinación a la sociedad, me dejaba arrastrar por ella. Pero qué humillación cuando el que estaba a mi lado escuchaba a lo lejos una flauta, y *yo no oía nada,* o cuando el *otro oía cantar al pastor* y yo tampoco podía escucharlo! [1]. Sucesos como estos me llevaban a la desesperación, y poco faltó para que no pusiera fin a mi vida.—Sólo *el Arte* me detuvo. Me parecía imposible abandonar el mundo sin haber realizado cuanto debía. Y así prolongué esta vida miserable—, miserable de

[1] A propósito da esta dolorosa queja, quiero hacer notar algo que, según creo, nunca ha sido dicho. Es sabido que al final del segundo tiempo de la *Sinfonía pastoral,* la orquesta imita el canto del ruiseñor, del cuco, y de la codorniz, y puede decirse, que casi toda la sinfonía está tejida con canciones y murmullos de la Naturaleza. Los estéticos han discutido mucho sobre si se debe o no aceptar tales ensayos de música imitativa. Pero ninguno ha advertido que Beethoven no imitaba nada, pues que nada oía; lo que hacía; era volver a crear en su alma un mundo que había muerto para él. Por eso es tan conmovedora esta vocación de los pájaros. No le quedaba otro medio de escucharlos que hacerlos cantar en su corazón.

veras—. Tan irritable soy, que la más leve mudanza me lleva de la felicidad mejor a la más mala tristeza. *Paciencia*, como suele decirse; a la paciencia me acojo ahora para que ella me dirija. Espero que sea duradera esta resolución mía de resistir hasta que las Parcas inexorables quieran cortar el hilo de mi vida. Quizás se arregle todo, quizás no, pero estoy dispuesto a lo que sea. No es muy fácil ser filósofo por obligación a los veintiocho años; y para un artista es más duro que para nadie.

Tú, Señor, desde tu gloria, miras al fondo de mi corazón, tú lo conoces, tú sabes que el amor a los hombres y el anhelo de hacer el bien lo colman. Los que leáis esto, pensad que habéis sido injustos conmigo; y que el desventurado se consuele con encontrar un desventurado como él, que, a pesar de todas las trabas de la naturaleza, ha hecho cuanto de él dependía para ser digno del dictado de artista y de hombre.

En cuanto a vosotros, Carl y (Johann), hermanos míos, cuando yo muera, si vive todavía el profesor Schmidt, rogadle en mi nombre, que cuente mi enfermedad, y añadid a la reseña esta carta, a fin de que, después de mi muerte, el mundo me perdone, en lo que sea posible. Al mismo tiempo, os nombro herederos de mi escasa fortuna (si es que merece este nombre).

Repartíosla honradamente, no os separéis nunca y ayudaos uno a otro. De sobra sabéis que os he perdonado, hace mucho tiempo, el mal que hayáis podido hacerme. Carlos, a ti, hermano, te doy especialmente las gracias por el afecto que en estos últimos años me has demostrado. Mi gusto sería que ambos llevarais una vida más feliz y más desahogada que la mía. Enseñad a vuestros hijos a ser virtuosos, pues sólo *la Virtud* puede dar la felicidad, no el oro. Hablo por experiencia. La virtud ha sido mi sostén en la miseria; a ella le debo, tanto como a mi arte, no haber cortado el hilo de mi vida con mi propia mano. Quedaos con Dios y amaos. Mi agradecimiento a todos mis amigos y en particular al *príncipe Lichnowski* y al *profesor Schmidt*. Quisiera que los instrumentos del príncipe L. pudiesen ser conservados por cualquiera de vosotros. Pero que esto no vaya a ser causa de disputa. Si os pueden servir de algo más útil, vendedlos. Me reputaré dichoso, si en la misma tumba puedo serviros de algo.

Sabiéndolo así, ¡con qué júbilo me moriría!—Si la muerte llegara antes de que haya yo podido desarrollar por completo mis facultades artísticas, lo sentiría de veras, y a pesar de mi duro destino, quisiera retardarla.—Mas de todos modos, estoy contento. ¿No va a libertarme de mi

sufrir sin término?—Ven, muerte, cuando te plazca, que yo salgo a tu encuentro revestido de valor.—Adiós, y que no me olvidéis del todo cuando yo me muera, pues bien merece que le recordéis al que ha pensado tanto en vosotros durante su vida para haceros dichosos... ¡Así lo seáis!

Ludwig van Beethoven

Heiligenstadt, 6 de octubre de 1802.

A mis hermanos Carl et (Johann), para ser leído y cumplido después de mi muerte

Heiligenstadt, 10 de octubre de 1802.—¡Con qué tristeza me despido de ti, Heiligenstadt, con qué tristeza! La amable esperanza de cura que aquí me trajo, o al menos de alivio, debe morir del todo. De igual manera que las hojas del otoño caen y se marchitan, mi ilusión se me ha secado. Me voy casi como vine. El mismo esforzado valor que a menudo me acorría en

los días bellos del estío, se ha desvanecido del todo. ¡Dios mío, concédeme, por una sola vez, un día de *alegría!* ¡Hace tanto tiempo que el profundo eco de la alegría verdadera me es desconocida! ¡Oh!, cuándo, Señor, cuándo podría yo oirlo en el Templo de la naturaleza y de los hombres. ¿Nunca? ¡No! Esto sería demasiado cruel.



CARTAS

AL PASTOR AMENDA, EN COURLANDE [1]

MI bueno y querido Amenda, amigo mío del alma: ¡Con qué profunda emoción y qué dolorosa alegría he recibido y leído tu última carta! ¿A qué podré comparar tu fidelidad y tu afecto hacia mí? ¡Me es tan grato saber que tu amistad no ha cambiado! Sí; yo he puesto bien a prueba tu abnegación y sé la diferencia que hay entre ti y todos los demás. ¡No eres tú de esos amigos de Viena, no; tú eres de los que sólo sabe producir el suelo de mi patria! ¡Cuánto te echo de menos y cómo quisiera tenerte a mi lado! Porque tu Beethoven, sábelo, es muy desgraciado. La más noble porción de mí mismo, mi oído, se me ha debilitado considerablemente. En la época en que estábamos juntos,

[1] Escrita, probablemente, en 1801.

ya sentía yo ciertos síntomas, que ocultaba; luego todo ha ido de mal en peor. Para saber si este mal puede curarse es necesario que pase tiempo. Creo que debe tener relación con mi enfermedad gástrica, de la que estoy casi completamente bien; ¿pero se arreglará lo de el oído? Claro está que lo espero, pero lo creo difícil, porque estas enfermedades son de las más incurables. ¡Qué tristemente he de vivir, teniendo que abandonar cuanto me es grato, y en un mundo tan miserable y tan egoísta!... Entre mis amigos, el más constante es Lichnowsky. Desde el año último me ha dado 600 florines, con los cuales y con lo que saco de mis obras puedo ir viviendo sin el apuro de que me falte el pan. Cuanto escribo podría venderlo cinco veces y bien pagado. He escrito bastante últimamente, y pues que sé que tú has encargado pianos a..., te voy a mandar varias obras en el cajón de cualquiera de ellos para que así tengas que pagar menos. . . . .

Ahora ha venido a ésta, por mi bien, un hombre con el que puedo gozar del encanto de la conversación y de la amistad desinteresada; es uno de los amigos de la juventud [1]. Le he hablado mucho de ti y le he dicho que, a partir

[1] Stephan von Breuning.

del día en que dejé mi tierra, tú eres de los elegidos de mi corazón. Él no gusta mucho de... [1] Es y sigue siendo tibio para la amistad. Yo los tengo como simples instrumentos, de los que me sirvo cuando lo tengo a bien; pero ellos no podrán ser nunca nobles partícipes de mi actividad, porque no pueden participar verdaderamente de mi vida; los aprecio sólo de acuerdo con lo que me sirven. ¡Qué feliz fuera yo si tuviese mi oído en estado perfecto! Entonces iría en tu busca, pero debo permanecer separado de todo y mis años más floridos huirán sin que yo haya realizado cuanto mi talento y mi juventud hubieran podido dictarme. ¡Triste resignación ésta en que me debo refugiar! Me he propuesto, sin vacilar un punto, imponerme a todas estas miserias, pero ¿cómo me será posible hacerlo? Sí, Amenda; si de aquí a seis meses no me he curado, te suplico que lo abandones todo y que te vengas conmigo; entonces viajaré; mi ejecución y mi composición adolecen poco aún de mi achaque (en sociedad es donde más se nota); tú serás mi camarada; estoy convencido de que no me será adversa la fortuna ¡y con quién no podré yo entonces

[1] ¿Zmeskall? Era consejero áulico en Viena, y fué amigo de Beethoven.

medir mis fuerzas! Desde que te fuiste, he escrito de todo, hasta óperas y música religiosa. Tengo por seguro que no te negarás, que has de ayudar a tu amigo a sobrellevar su dolencia y sus preocupaciones. También he perfeccionado bastante mi ejecución como pianista, y creo que nuestro viaje podría también serte grato. Después, te quedarás para siempre conmigo. He recibido puntualmente todas tus cartas, y aunque no te haya contestado a todas, siempre te he tenido presente y mi corazón guarda para ti la ternura de siempre.—Te suplico que guardes el secreto de cuanto de mi oído te he dicho; no lo digas a nadie, a nadie. —Escríbeme más a menudo. Tus cartas, por cortas que sean, ¡me consuelan tanto y me traen tanta felicidad! Espero que me contestes pronto, mi querido amigo.—No te he enviado tu *cuarteto* [1] porque he tenido que variarlo por completo con arreglo a mis nuevos conocimientos sobre la manera de escribirlos debidamente; ya verás cuando te lo mande.—Entretanto, adiós, amigo querido. Si tú crees que puedo hacer por ti algo que te sea grato, no es necesario decir que debes decirlo a tu fiel amigo que te quiere con toda sinceridad, L. v. Beethoven.

[1] Op. 18, núm. 1.

AL DOCTOR FRANZ GERHARD WEGELER

Viena, 29 de junio (1801).

Mi muy querido Wegeler: ¡Cuánto te he agradecido tu recuerdo! ¡Lo he merecido tan poco! ¡He hecho tan poco para merecerlo! Y, sin embargo, eres tan bueno que no te enfadas por nada, ni siquiera por mi imperdonable negligencia, y sigues siendo siempre el amigo fiel, bondadoso y leal. No creas que yo te olvido, que yo no olvido a quienes han sido tan amables y tan buenos conmigo. ¡Cuántas veces suspiro por vosotros, por pasar unos días al lado vuestro! Esa hermosa región donde vi la luz primera, sigue aún ante mis ojos con la misma claridad y la misma pureza que cuando me separé de vosotros. Uno de los más hermosos días de mi vida será aquel en que pueda yo volver a veros y a saludar a nuestro padre el Rhin. No te puedo precisar cuándo podré ha-

cerlo. Os diré, al menos, que os pareceré mejor, no ya como artista, sino como hombre, mejor, y más perfecto; y si el bienestar no es mayor ahora en nuestra tierra, mi arte debe consagrarse a mejorar la condición de los pobres...

Me preguntas sobre mi situación; pues mira, no me va mal del todo. A partir del año pasado, Lichnowsky, que, aunque te parezca mentira, ha sido para mí el mejor de los amigos, me ha señalado una pensión de 600 florines, que debo percibir todo el tiempo que tarde en encontrar seguro acomodo. (Ha habido ligeras desavenencias entre nosotros; pero sólo han servido para acendrar nuestra amistad.) Mis composiciones me producen bastante, y recibo más encargos de los que puedo cumplir. Tengo seis, siete editores para cada obra, y tendría más si quisiera tomarme el trabajo de buscarlos. No se me discute el precio que fijo y que se me paga al punto. ¡Ya tú ves qué bien! Que un amigo, pongo por caso, está necesitado, y mis recursos no me permiten auxiliarle; pues no tengo más que ponerme a trabajar, y, en un momento, lo he sacado de apuros. Además, soy bastante más económico que antes...

Por desgracia, este pícaro diablo de la mala salud, ha venido a meter la pata. Hace tres años que mi oído se ha debilitado poco a poco. La

causa de ello debe ser mi afección gástrica, que ya me atormentaba hace tiempo, como sabes, y que ha ido de mal en peor; estoy constantemente con trastornos intestinales, y, por lo tanto muy débil. Frank intentó tonificarme con reconstituyentes y trató mi oído con aceite de almendras. Pero *prosit!* de nada ha servido nada; mi oído ha empeorado más cada vez y mi vientre ha seguido como antes. Todo ha ido así hasta este otoño que acaba de pasar, en el que con frecuencia fuí presa de la desesperación. Un médico lerdo me aconsejó baños fríos; otro, más prudente, baños tibios del Danubio, que me dieron un maravilloso resultado: mejoró el vientre, pero mi oído siguió lo mismo, o tal vez peor. Este invierno mi estado llegó a ser intolerable: cólicos horribles me atormentaron y sufrí una recaída completa. Así he seguido hasta el mes último, en que fuí a ver a Vering, porque pensé que mi enfermedad era más bien cosa de cirujano y, además, porque siempre tuve confianza en él. Consiguió cortar casi del todo los trastornos gástricos, y me dispuso baños tibios del Danubio, en los que se derramaba un licor fortificante; no me mandó más medicina; solamente y desde hace unos cuantos días estoy tomando unas píldoras para el estómago y no sé qué té para los oídos. Me encuentro

mejor y más fuerte, y únicamente me queda este zumbido y bramido de oídos (*sausen und brausen*) que no me deja día y noche... Arrastro, puedo decirlo así, una vida miserable. Desde hace unos dos años rehuyo todo trato, porque yo no voy a decir a la gente que soy sordo. Si yo me dedicara a otra cosa, todavía esto podría pasar, pero siendo músico mi situación es terrible. ¡Qué dirían de mí mis innumerables enemigos!

Voy a darte una idea de esta extraña sordera mía: en el teatro, necesito ponerme al lado de la orquesta para oir a los actores. No me es posible oir los sones altos de los instrumentos ni de las voces si estoy algo alejado. Y se sorprendente que no hayan notado mi defecto muchas de las personas con quienes hablo, que como soy tan distraído, todo se lo achacan a eso. Si se habla bajo, apenas oigo; los sonidos sí, pero no las palabras, y, por otro lado, no puedo tolerar los gritos. Sólo Dios sabe lo que ha de suceder. Vering dice que mejoraré sin duda alguna, y que tal vez me cure por completo. Maldigo, con frecuencia, de mi vida y del Creador [1]. Plutarco me ha traído la resig-

[1] Nohl, en su edición de las *Cartas de Beethoven,* ha omitido las palabras *und den Schöpfer* (y del Creador).

nación. Quiero, sin embargo, si es posible, desafiar a mi destino; pero hay momentos de mi vida en los que me considero la más miserable de las criaturas.—Te suplico que nada digas de esto a nadie, ni a una Lorchen [1]; a ti te lo digo bajo secreto. Me sería grato que escribieras a Vering sobre este asunto. Si este estado durara, la primavera próxima iré a verte; me alquilarás en sitio bello, una casa de campo, y volveré a ser un campesino durante seis meses. Puede que esto me siente bien. ¡Qué refugio tan triste este de la resignación! Y sin embargo, es el único que me queda. Perdóname si te doy este amistoso trabajo cuando tú tienes tantos que te fastidian.

Steffen Breuning está aquí ahora y nos vemos casi a diario. ¡Qué grato me es evocar las cosas pasadas! Ahora es un excelente muchacho, culto y poco más o menos como todos nosotros, de buen corazón...

También me propongo escribir a nuestra buena Lorchen. Nunca os he olvidado, queridos amigos, aun cuando, a veces, no haya dado señales de vida; ya sabes que mi fuerte no ha sido jamás el escribir cartas, y mis mejores amigos están años enteros sin recibir una sola.

[1] Leonor.

Unicamente vivo para mis notas; no bien he terminado una obra, cuando he comenzado ya otra. De este modo, a veces, trabajo en tres o cuatro cosas a un tiempo. Escríbeme más a menudo. Procuraré hacer tiempo para contestarte. Da mis recuerdos a todos...

¡Adiós, Wegeler, bueno y leal! Está seguro del cariño y de la amistad de tu Beethoven.

A WEGELER

Viena, 16 de noviembre de 1801.

MI querido Wegeler. ¡Gracias por tu constante interés por mí, tanto más cuando tan poco lo merezco! Me preguntas como estoy, y si necesito alguna cosa. Aunque no me agrada hablar de este asunto, lo hago gustosísimo tratándose de ti.

Vering me está aplicando desde hace meses vejigatorios en los brazos. El tratamiento mees desagradable en extremo: sin contar los dolores, me quedo privado del uso de los brazos durante uno o dos días. Desde luego, el zumbido y el bramido son menores que antes, sobre todo en el oído izquierdo, que es por el que comenzó mi sordera; pero, hasta ahora al menos, oigo lo mismo que antes, y no sé si atreverme a decir que más bien oigo menos. Del

vientre me siento mejor, sobre todo cuando me baño en agua tibia durante unos días. De cuando en cuando, tomo algún tónico para el estómago y he comenzado, según tu consejo, con las cataplasmas de hierbas en el vientre.

Vering no quiere ni que se le nombren las duchas. Además, no estoy muy contento de él. Presta tan poca atención y tan pocos cuidados a una enfermedad tan mala como esta mía, que si yo no fuera a verle, cosa que me es bastante difícil, no lo vería nunca. ¿Qué opinión te merece Schmidt? No es que yo guste de andar cambiando, pero me parece que Vering es demasiado practicón y que no ventila mucho sus ideas con la lectura. Schmidt me parece de otro modo, y es posible que fuera más asistente. Se cuentan maravillas del galvanismo; ¿qué piensas tú de ello? Me ha dicho un médico que había visto recobrar el oído a un niño sordomudo y que un hombre, sordo hacía siete años, había también curado. Precisamente se dice que Schmidt hace tales experimentos.

Ahora torna a serme más agradable la vida, y ando más entre los hombres. No puedes figurarte lo que ha sido este vivir solitario y triste que he arrastrado estos dos últimos años. Mi sordera estaba siempre ante mí como una sombra. No quería nada con nadie. Deben

tenerme por misántropo y, sin embargo, no tengo nada de eso. Esta mudanza que te digo la debo a una adorable y encantadora muchacha que me ama y que amo; después de dos años me llegan, al fin, unos momentos venturosos, y esta es la primera vez que creo que el matrimonio puede traer la felicidad. Por desgracia, ella es de diferente posición que yo, y, a decir verdad, no me sería posible casarme por ahora; es preciso que yo luche mucho todavía. De no ser por mi sordera, habría yo, hace ya tiempo, recorrido medio mundo, cosa que me convendría tanto. Para mí no hay mayor placer que cultivar mi arte y que hacerme oir. No creas que en vuestra casa sería yo dichoso, porque ¿qué podría traerme alegría? Vuestras mismas atenciones me serían funestas, y a cada momento leería yo la compasión en vuestros ojos, y me sentiría más miserable aún. ¿Qué, sino la esperanza de una vida más llevadera me llama desde esos hermosos campos de mi tierra? Sano, me iría. ¡Ay! si yo me viese libre de mi mal, cogería el mundo entre mis brazos. Siento que mi juventud empieza, pues hasta ahora no he hecho más que sufrir. Mi vigor físico es ahora mayor que nunca, y lo mismo mi inteligencia. Cada vez me acerco más a ese fin que entreveo, sin que me

sea posible definirlo. Y sólo entre estos pensamientos puede serle la vida tolerable a tu Beethoven. Nada de reposo. No quiero otro que el sueño, y soy tan desdichado, que ahora necesito dormir más que nunca. Si me aliviara de mi dolencia y me encontrara más dueño de mí mismo, más equilibrado, iría a reunirme con vosotros y apretaríamos estos viejos lazos de nuestra amistad.

Quiero que me veáis dichoso, todo lo dichoso que me sea posible ser en este mundo; desdichado, no podría soportar vuestra compañía. Le voy a retorcer el cuello a mi destino; no, me vencerá seguramente. ¡Ay!, ¡qué hermoso poder vivir mil veces la vida! No; sé bien que no estoy hecho para llevar una vida tranquila.

...Muchas cosas agradables a Lorchen... Y tú, que me quieres, sin duda, un poco—¿verdad que sí?,—está seguro de mi afecto y de mi amistad. Tu

BEETHOVEN.

CARTAS DE WEGELER Y DE LORCHEN VON BREUNING A BEETHOVEN [1]

Coblentz, 28 de diciembre de 1825.

LUIS, viejo querido:
uno de los diez hijos de Ries va a Viena, y no quiero dejarlo ir sin llamar a tu corazón; si en los veintiocho años que han transcurrido desde mi partida de Viena, no has recibido cada dos meses una larga carta mía, echa la culpa al silencio que diste por respuesta a las primeras que te escribí. Esto, Luis, no está bien, y menos ahora; porque nosotros, los viejos, vivimos mejor en el pasado y ponemos sobre todas las cosas las imágenes de nuestra juventud.

[1] He creído de interés publicar las dos cartas siguientes, que muestran bien claro la bondad de los más fieles amigos de Beethoven. Y por los amigos se conoce al hombre.

Para mí al menos la amistad que te profeso, gracias a tu bondadosa madre, que Dios bendiga, es una luz en mi vida, hacia la que me vuelvo con verdadera alegría...; levanto hacia ti los ojos, como hacia un héroe, y es mi honra poder decir: «No he dejado de tener alguna influencia en su desarrollo; me confió sus anhelos y sus sueños; y cuando pasado el tiempo, fué ingrato tantas veces, yo sabía bien lo que quería.» ¡Bendito sea Dios que me permite hablar de ti con mi mujer y con mis hijos! La casa de mi suegra era más tuya que tu propia casa, sobre todo después de la muerte de tu madre. Dinos una vez sólo: «Sí, triste o alegre, pienso siempre en vosotros.» El hombre, aun cuando haya llegado tan alto como tú, sólo es feliz una vez en su vida: cuando joven. ¡Y tus ideas deben estar tan atadas a las piedras de Bonn, a Kreuzberg, a Godesberg, a la Pépinière, a tantos otros sitios de estos!

Ahora quiero hablarte de mí, de nosotros, para que sepas cómo debes corresponderme. Después de mi regreso de Viena, en 1796, todo me fué bastante mal; durante muchos años, tuve que vivir únicamente de mis consultas como médico en esta región miserable hasta que reuní lo más preciso. Luego fuí profesor, con un sueldo, y me casé en 1802. Al año

tuve una hija, que vive, y está hecha una mujer; une a una mente sana la seriedad de su padre, y toca a las mil maravillas tus sonatas. Esto no es en ella un mérito, es un don innato. En 1807, tuve un hijo, que ahora estudia Medicina en Berlín, y al que dentro de cuatro años quiero mandar a Viena; ¿me lo cuidarás entonces bien?... En Agosto celebré mi sexuagésimo aniversario, en compañía de unos sesenta amigos y conocidos, entre ellos las personas más principales de la ciudad. Vivo aquí desde 1807, y tengo hermosa casa y buen empleo; mis superiores están contentos conmigo, y el rey me ha concedido honores y cruces. Lore y yo estamos divinamente. Ya conoces del todo nuestra vida. Ahora te toca a ti...

¿No querrás nunca perder de vista esa torre de Saint-Étienne? ¿No te llama la atención viajar? ¿No deseas volver a ver el Rhin?

Nuestros más cariñosos recuerdos.

Tu viejísimo amigo

WEGELER

Coblentz, 29 de diciembre de 1825.

AMIGO Beethoven, ¡tantos años querido! Quise que Wegeler le escribiera de nuevo; y ya que está cumplido mi deseo, me considero en el deber de añadir dos palabras más, no sólo para que me recuerde usted mejor, sino para tornar a preguntarle con todo mi afán si no siente usted ganas de volver a ver el Rhin y el lugar donde nació, y de darnos a nosotros la mayor de las alegrías. Nuestra Lenchen os manda las gracias por tantas horas felices como usted le ha hecho pasar; le agrada mucho oir hablar de usted, y sabe todas las aventurillas de nuestra alegre juventud en Bonn, nuestras riñas y nuestras paces... ¡Qué contenta se pondría si le viera! La chiquilla, desgraciadamente, no tiene la menor disposición para la música, pero ha trabajado tanto, con una aplicación y una voluntad, que ha conseguido poder tocar las sonatas, variaciones, etc., de usted, y como la música sigue siendo la distracción preferida de Weg., le hace pasar con esto a su padre muchas horas agradables. Julius tiene talento músico, pero

hasta ahora ha sido muy negligente; hace seis meses que estudia, por gusto suyo, el violoncello; y, como en Berlín tiene un buen maestro, creo que adelantará bastante. Los dos muchachos son hermosos, se parecen a su padre y tienen, gracias a Dios, el buen humor que Weg. no ha perdido... Lo que más le gusta a mi marido es tocar los temas de las variaciones de usted, sobre todo los antiguos, pero también toca muchas veces alguno de los nuevos con una paciencia increíble. El *Opferlied* ocupa el primer lugar. Nunca se acuesta Weg, sin tocar un rato. Por todo lo dicho, querido Beethoven, verá usted qué duradero y vivo es el recuerdo que de usted conservamos. Díganos que aprecia este recuerdo y que no nos ha olvidado del todo. Si no fuera tan difícil, a veces, la realización de nuestros más ardientes deseos, ya hubiésemos ido a Viena a visitar a mi hermano, para tener el gusto de ver a usted; pero no hay que pensar siquiera en un viaje como ese mientras que nuestro hijo esté en Berlín. Weg. le ha dicho ya cómo nos va; sería injusto quejarnos; los días de más aprieto han sido mejores para nosotros que para tantos otros; y la dicha mejor es vernos sanos y tener estos hijos tan sanos y tan hermosos, que jamás nos han dado un disgusto, que son tan

alegres y tan buenos! Lenchen tuvo una gran tristeza cuando murió el pobre Burscheid, al que siempre echaremos de menos. Adiós, mi querido Beethoven, y no olvide a sus mejores y más leales amigos.

EN. WEGELER

BEETHOVEN A WEGELER

Viena, 7 de octubre de 1826. [1]

¡MI viejo y querido amigo!:

¡No podría explicarte la alegría que me dieron la carta tuya y la de Lorchen! Sin duda, yo hubiese debido contestaros al momento, pero soy algo perezoso, sobre todo para escribir, porque pienso que los mejores me conocen sin necesidad de ello. Tengo siempre la respuesta en la cabeza, mas cuando voy a escribirla, casi siempre tiro la pluma lejos de mí, porque no me encuentro en condiciones de escribir lo que siento. Jamás olvido el verdadero

[1] Se conoce que los amigos de entonces, aun cuando se quisieran mucho, eran de un cariño menos impaciente que el nuestro. Beethoven contesta a Wegeler *¡diez meses!* después de recibir su carta.

afecto que siempre me has demostrado; me acuerdo de cuando hiciste blanquear mi cuarto, con lo que me diste una sorpresa tan agradable. Tampoco olvido a la familia Breuning. Es natural que nos separemos unos de otros, pues que esa es la vida; cada cual debe perseguir el fin que se ha señalado, y hacer lo posible por llegar a él; pero los principios eternamente inamovibles del bien nos han tenido siempre unidos estrechamente. Por desgracia, no me es posible hoy escribirte todo lo que quisiera, porque estoy en cama...

Tengo siempre conmigo el retrato de tu Lorchen; te lo digo y se lo digo para que veáis cómo me es grato todo lo que me fué bueno y querido en la juventud.

Suelo decirme: *Nulla dies sine linea,* y sin embargo, mi musa se duerme; pero es para despertarse luego más entera. Espero poder dar aún al mundo algunas obras grandes; después, como un viejo solterón, acabaré mis días entre mi gente honrada [1].

Entre las muestras de aprecio que he recibido, y sé bien que te agradará saberlo, tengo

[1] Beethoven no sospechaba que escribía entonces su última obra: el segundo *final* de su cuarteto op. 130. Estaba a la sazón con su hermano, en Gneixendorf, cerca de Krems, sobre el Danubio.

una medalla del difunto rey de Francia, con esta inscripción: *Donnée par le Roi à monsieur Beethoven;* la acompaña un documento muy cortés del *premier gentilhomme du Roi Duc de Châtres* [1].

Conténtate, querido amigo, por hoy con esto. El recuerdo del pasado me embarga, y con esta carta van muchas lágrimas mías. Mírala solamente como la promesa de una más larga, que recibirás en breve; y tú cuanto más me escribas, más alegría me darás. No es necesaria la súplica cuando se es amigo como nosotros lo somos. Adiós. Te ruego que beses tiernamente en nombre mío a tu Lorchen y a tus hijos, y que no me olvides. ¡Quedad con Dios!

Tu amigo fiel y verdadero que te quiere lo mismo que siempre,

BEETHOVEN

[1] Duque d'Achât (?).

A WEGELER

Viena, 17 de febrero de 1827.

¡MI viejo y noble amigo!:

Por Breuning me ha llegado felizmente tu segunda carta. Sigo muy débil y no puedo contestarte, pero ya puedes suponer cuán grato me es y cómo anhelo todo lo que me dices. En cuanto a mi convalecencia, si esto puede llamarse así, marcho bastante despacio; presumo que es preciso una cuarta operación, aunque los médicos nada dicen; pero tengo paciencia y pienso que no hay mal que no traiga algún bien... ¡Cuántas cosas más quisiera hoy decirte! mas no tengo fuerzas más que para estrecharos, a ti y a tu Lorchen, contra mi corazón.

Tu viejo y fiel amigo, que os quiere verdaderamente,

BEETHOVEN

A MOSCHELES

Viena, 14 de marzo de 1827.

Mi querido Moscheles:

... el 27 de Febrero fuí operado por cuarta vez, y todos los síntomas hacen presumir que me espera una quinta operación. ¿En qué parará todo esto, y qué será de mí si sigo así muchos días? Verdaderamente es el mío un duro destino, pero me someto a él y sólo pido a Dios que se digne, en su divina voluntad, serme propicio todo el tiempo que dure esta agonía, a fin de que nada me falte [1]. Así tendré valor

[1] Sin recursos, Beethoven había acudido a la Sociedad Filarmónica de Londres y a Moscheles, que estaba entonces en Inglaterra, para que intentaran organizar un concierto en beneficio suyo. La Sociedad le envió seguidamente cien libras esterlinas como adelanto, cosa que le llegó al corazón. «Era un cuadro desgarrador, dice un amigo suyo, el verle, al recibir esta carta, sollozando, juntas las manos, de alegría y

para soportar mi carga, por pesada y terrible que sea, resignado a la voluntad del Altísimo.

Su amigo,

L. v. Beethoven

de agradecimiento.» Con la emoción se le abrió la herida de su llaga. Dictó una carta de gracias a «los nobles ingleses, que habían venido a ayudarle en su infortunio», y les prometía una obra: su Décima Sinfonía, una Overtura, cuanto ellos quisieran. «Ninguna obra mía, escribe, habrá sido compuesta con tanto cariño como ésta». La carta es del 18 de marzo. El 26 había muerto.

PENSAMIENTOS DE BEETHOVEN

SOBRE LA MÚSICA

Il *n'y a pas de règle qu'on ne peut blesser à cause de* Schöner. (Lo mejor) [1].

La música debe hacer resplandecer el fuego del alma de los hombres.

La música es una revelación más alta que la filosofía.

Nada hay tan hermoso como cogerle a lo divino sus más espléndidos rayos y derramarlos sobre la humanidad.

[1] En francés en el texto, menos la última palabra.

Escribo porque es preciso que se esparza lo que tengo en el corazón.

Cuando el Espíritu me habla y escribo lo que él me dicta, pienso en un violín sacrosanto.

(A Schuppanzigh.)

Mi método de componer, aun para la música instrumental, es tener siempre el conjunto ante los ojos.

(A Treitschke.)

Es necesario escribir sin piano... Así nace, poco a poco, la facultad de representarnos nuestro anhelo y nuestro sentimiento, cosa esencialmente necesaria a los seres nobles.

(Al archiduque Rodolfo.)

Describir es propio de la pintura. La poesía puede también considerarse dichosa en esto, comparada con la música, pues su reino no es

tan limitado como el mío; pero, en cambio, el mío va más allá en otras regiones, a las que no es tan fácil llegar.

(A Wilhelm Gerhard.)

La libertad y el progreso son el fin del arte, como de la vida toda. No somos tan fuertes como los viejos maestros, pero el refinamiento de la civilización ha hecho libres bastantes cosas.

(Al archiduque Rodolfo.)

Nunca he corregido mis composiciones una vez terminadas, convencido de que todo cambio parcial varía el carácter de una composición.

(A Thomson.)

La música pura religiosa, debería ser ejecutada sólo por voces, menos el *Gloria,* o cualquier otro pasaje de esta clase. Por eso gusto así de Palestrina. Pero es una equivocación imitarle sin poseer su espíritu ni sus concepciones.

(Al organista Freudenberg.)

Cuando vuestro discípulo consiga en el piano la conveniente digitación y la medida justa y ataque las notas con la suficiente exactitud, ceñidlo solamente al estilo y no le hagáis detenerse en faltas leves, que sólo debéis hacerle notar al fin de la pieza. Este método forma *músicos*, cosa que, al fin y al cabo, es uno de los primeros objetos del arte musical. En los pasajes de virtuosismo, hacedle emplear todos los dedos, uno tras otro, porque si empleando menos dedos, se obtiene, sin duda alguna, una ejecución «perlada», como suele decirse, o, «como una perla», gustan más, a veces, otras joyas [1].

(A Czerny.)

Entre los maestros antiguos, únicamente Hændel el Alemán y Sebastián Bach fueron geniales.

(Al archiduque Rodolfo, 1819.)

[1] «La ejecución de Beethoven como pianista no era correcta: en su digitación se equivocaba con frecuencia y descuidaba la calidad del sonido. ¿Pero quién pensaba en el ejecutante? Sus ideas absorbían, de la manera que sus manos las expresaran. (Baron de Trémont, 1809.)

Mi corazón entero late por el elevado y grande arte de Sebastián Bach, ese patriarca de la armonía *(dieses Urvaters der Harmonie).*

(A Hofmeister, 1801.)

Siempre he sido uno de los más grandes admiradores de Mozart, y lo seguiré siendo hasta mi muerte.

(Al cura Stadler, 1826.)

Reputo las obras de usted las mejores de todas las demás obras de teatro; me alborozo cada vez que escucho una nueva obra suya y me tomo por ella un interés mayor que por mis propias obras; en resumen, le admiro y le quiero... *Entre mis contemporáneos, será usted siempre para mí el más estimado. Si me escribiera usted algunas líneas, me daría un gran placer y un verdadero consuelo. El arte une a todos*, cuanto más a los verdaderos artistas; *y es posible que me considere usted digno* de contarme entre ellos [1].

(A Cherubini, 1823.)

[1] Las palabras subrayadas, están escritas en francés por Beethoven, con esta defectuosa ortografía: *Vous resterez tous-*

jours celui de mes contemporains, que je l'estime le plus. Si vous mes voulez faire un estrême plaisir c'étoit, si Vous m'ecrivez quelques lignes, ce que me soulagera bien. L'art unit tout le monde, cuanto más a los verdaderos artistas; *et peut-être Vous me dignez aussi* de contarme en este número. Ya hemos dicho antes que Cherubini no contestó nunca a esta carta.

SOBRE LA CRÍTICA

NUNCA habrá oído decirse que yo haya prestado la menor atención a cuanto se haya escrito sobre mí, en lo que me toca como artista.

(A Schott, 1825.)

PIENSO, con Voltaire, que «unas picadas de mosca no pueden detener a un caballo en su fogoso galopar».

(1826.)

EN cuanto a esos imbéciles, dejadlos murmurar. Su charlatanería es seguro que no dará la inmortalidad a nadie, y sobre todo, no arrebatará la inmortalidad a ninguno de aquellos a quienes Apolo la tenga concedida.

(1801.)

BIBLIOGRAFÍA

Si se quiere conocer mejor a Beethoven, pueden consultarse las obras y documentos principales que sobre él existen, y de los que damos a continuación un resumen:

I.—Sobre las cartas de Beethoven.

LUDWIG NOHL.—*Briefe Beethovens*, 1865, Stuttgart.

LUDWIG NOHL.—*Neue Briefe Beethovens*, 1867, Stuttgart.

LUDWIG RITTER VON KOECHEL.—83 *Original-*

Briefe L. V. B. an den Erzherzog Rudolph. 1865, Vienne.

Alfred Schoene.—*Briefe von Beethoven an Marie Graefin Erdoedy, geb. Graefin Niszky und Mag. Brauchle.* 1866, Leipzig.

Theodor von Frimmel.—*Neue Beethoveniana.* 1886.

Katalog der mit der Beethoven-Feier zu Bonn, an 11-15 mai 1890 verbundenen Ansstellung von Handschriften, Briefen, Bildnissen, Reliquien Ludwig van Beethoven's. 1890, Bonn.

La Mara.—*Musikerbriefe aus fünf Jahrhunderten.* 1892, Leipzig.

Dr. A. Christian Kalischer.—*Neue Beethoven Briefe.* 1902, Berlín y Leipzig.

Dr. A. Christian Kalischer.—*Beethoven's*

Sämmtliche Briefe, Kritische Ausgabe mit Erlaüterungen. 1906, Berlín.

DR. FRITZ PRELINGER.—*Beethoven's Sämmtliche Briefe und Aufzeichnungen.* 1907. Vienne et Leipzig, 3 vol.

Se ha publicado una colección escogida de las cartas de Beethoven traducidas al francés, con introducción y notas de Jean Chantavoine, 1904, París.

II.—Sobre la vida de Beethoven.

GOTTFRIED FISCHER.—*Manuscrit* (de interés especialmente para la infancia de Beethoven.—Fischer, que murió en Bonn, en 1864, era propietario de la casa en donde vivieron dos generaciones de la familia Beethoven. El y su hermana Cecilia conocieron íntimamente a Beethoven en su niñez, y escribieron sus recuerdos, que son inapreciables, si se hace de ellos un empleo reflexivo). El *Manuscrito* pertenece a la *Beethovenhaus* de BONN. DEITERS (véanse las notas siguientes) ha publicado algunos extractos de él.

F.-G. WEGELER UND FERDINAND RIES.—*Biographische Notizen ueber Ludwig van Beethoven*

(inapreciable sobre todo para la primera mitad de su vida). 1838, Coblentz. Traducción francesa: 1862 (agotada). Reimpresa por el Dr. Kalischer, 1905.

Ludwig Nohl.—*Eine stille Liebe zu Beethoven*. 1857, Berlín. (Publicación del diario de Mlle. Fanny Giannatasio del Río, que conoció y amó a Beethoven, hacia 1816.)

Anton Schindler.—*Beethovens Biographie*. 1840. Traducción francesa: 1866 (agotada). (Para la segunda mitad de su vida.)

Anton Schindler.—*Beethoven in Paris*. 1842, Münster.

Gerhard von Breuning.—*Aus dem Schwarzspanierhause*. 1874. (La *Schwarzspanierhaus* es la casa de Viena en donde Beethoven murió. Ha sido derribada en el invierno de 1903.)

MOSCHELES.—*The life of Beethoven.* 2 vol. 1841, Londres.

ALEXANDER WHEELOCK THAYER (traducción del inglés al alemán, y continuación por HERMANN DEITERS).—*Ludwig van Beethovens Leben.* 3 vol. Esta obra fué comenzada en 1866 y quedó interrumpida por la muerte de su autor—1897—en Trieste, donde él era cónsul de los Estados Unidos. Llega sólo hasta 1816. DEITERS se ha propuesto terminarla y completar los libros ya aparecidos, pero solamente ha publicado el primer vol. de su traducción.—Es, sin duda, la obra más importante sobre Beethoven, desde el punto de vista de la documentación.

LUDWIG NOHL.—*Beethovens Leben.* 1864-1877. 4 vol.

LUDWIG NOHL.—*Beethoven nach den Schilderungen seiner Zeitgenossen.* Stuttgart.

A.-B. MARX.—*L. van Beethovens Leben und Schaffen*. 1863. 2 vol. 5.ª edición, revisada por G. BEHNCKE, 1902. Berlín.

VICTOR WILDER.—*Beethoven, sa vie et son œuvre*. 1883.

MARIAM TENGER.—*Beethovens unsterbliche Geliebte*. 1890. El valor histórico de este libro ha sido alguna vez discutido, pero, hasta ahora, no tenemos razones bastantes para no prestarle crédito. MARIAM TENGER fué la confidente de los últimos años de Teresa; es verosímil que Teresa, ya anciana, idealizara involuntariamente sus recuerdos; pero el fondo del relato parece exacto.

A. EHRHARD.—*Franz Grillparzer*. 1900.

THEODOR VON FRIMMEL.—*Ludwig van Beethoven*. (Colección de los *Berühmte Musiker.)* 1901. Berlín.

August Gœllerich. — *Beethoven* (Colección *Die Musik* de R. Strauss), 1903.

Jean Chantavoine.—*Beethoven*, 1907.

Die Musik.—*Beethovenhefte*. Berlín.

III.—Sobre la obra de Beethoven.

BEETHOVEN.—*Œuvres complètes*, gran edición crítica, Breitkopf und Haertel, Leipzig, 38 volúmenes.

G. NOTTEBOHM.—*Thematisches Verzeichniss der im Druck erschienenen Werke von Ludwing van Beethoven.* 1868, Leipzig.

A.-W. THAYER.—*Chronologisches Verzeichniss der Werke v. B.* 1865, Berlín.

G. NOTTEBOHM.—*Ein Skizzenbuch von Beethoven.* 1865.

NOTTEBOHM.—*Ein Skizzenbuch von B. aus dem Jahre 1803*, 1880.

NOTTEBOHM.—*Beethovens Studien.* 1873.

NOTTEBOHM.—*Beethoveniana.—Zweiti Beethoveniana*, 1872-87.

GEORGE GROVE.—*Beethoven and his nine Symphonies.* 1896, Londres.

J.-G. PRODHOMME.—*Les symphonies de Beethoven.* 1906.

ALFREDO COLOMBANI.—*Le Nove Sinfonie di Beethoven*, 1897, Turin.

ERNST VON ELTERLEIN.—*B. Claviersonaten*, quinta edición, 1895.

WILLIBALD NAGEL.—*B. und seine Klaviersonaten*, 2 vol. 1903-1905.

SHEDLOCK.—*The pianoforte sonata*, 1900, Londres.

CH. CZERNY.—*Pianoforte-Schule.* (Cuarta parte, capítulos II y III.)

THEODOR HELM.—*B. Streichquartette*, 1885.

H. DE CURZON.—*Les lieder et airs détaches de B.* 1906.

OTTO JAHN.—*Leonore*, Klavierauszug mit Text, nach der zweiten Bearbeitung, 1852.

DR. ERICH PRIEGER.—*Fidelio*, Klavierauszug mit Text, nach der ersten Bearbeitung, 1906.

Wilhelm Weber.—*B. Missa Solemnis.* 1897.

Prof. Dr. Richard Sternfeld.—*Zur Einführung* in L, *v. B. Missa Solemnis.*

Ignaz von Seyfried.—*L. V. B. Studien im Generalbass, Kontrapunkt, und in der Kompositions Lehre.* 1832.

W. de Lenz.—*Beethoven et ses trois styles.* (Análisis de las sonatas para piano.) (Agotado.) 1854.

Oulibicheff.—*Beethoven, ses critiques et ses glossateurs,* 1857.

Wasielewski.—*Beethoven.* 2 vol., 1886, Berlín.

R. Schumann.—*Écrits sur la musique et les musiciens,* traducción de H. de Curzon, 1894.

RICHARD WAGNER.—*Beethoven*, 1870, Leipzig.

El conocimiento de la obra musical de FRIEDRICH WILHELM RUST (1739-1796), de Dessau, recientemente encontrada, gracias a la publicación, hecha por uno de sus nietos, de algunas de sus sonatas, es útil para los que quieran estudiar la formación del genio musical de Beethoven. El hijo menor de Rust, Wilhelm-Carl, vivió en Viena de 1807 a 1827, y tuvo amistad con Beethoven. *Rust, Charles-Philippe-Emmanuel Bach* y los sinfonistas de Mannheim han sido los verdaderos precursores de Beethoven.—Consúltese: HUGO RIEMANN: *Beethoven und die Mannheimer (Die Musik*, 1907-8).

Son también muy interesantes los *lieder de* NEEFE (1748-1799), ya completamente beethovenianos, y nuestros músicos de la Revolución, especialmente CHERUBINI, cuyo estilo, en algunas de sus composiciones religiosas y dramáticas, ha servido, a veces, de modelo a Beethoven.

ICONOGRAFÍA

1789.—*Silueta de Beethoven a los diez y ocho años.* (Casa de Beethoven, en Bonn; reproducida en la biografía de Frimmel, pág. 16.)

1791-2.—*Miniatura de Beethoven*, por Gerhard von Kugelgen. (Propiedad de Georg Henschel, Londres; reproducida en el *Musical Times* del 15 de Diciembre de 1892, pág. 8.)

1801.—*Dibujo de G. Stainhauser*, grabado por Johann Neidl. (Reproducido en *Les Musiciens célèbres* de Félix Clément; 1878, pág. 267; —Frimmel, pág. 28.)

1802.—*Grabado de Scheffner*, según Stainhauser. (Casa de Beethoven, en Bonn; reprodu-

cido en *Die Musik* del 15 de Marzo de 1902, pág. 1145.)

1802.—*Miniatura de Beethoven*, por Christian Hornemann. (Propiedad de Mme. de Breuning, de Viena; reproducido en Frimmel, página 31.)

1805.—*Retrato de Beethoven*, por W.-J. Maehler. (Propiedad de Robert Heimler, de Viena; reproducido en el *Musical Times*, pág. 7;—Frimmel, pág. 34.)

1808.—*Dibujo de* L.-F. Schnorr de Carolsfeld, litografiado por J. Bauer. (Casa de Beethoven, en Bonn.)

1812.—*Máscara de Beethoven*, vaciada por Franz Klein.

1812.—*Busto de Beethoven*, por Franz Klein,

según la máscara. Propiedad del fabricante de pianos E. Streicher, de Viena; reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 46,—*Musical Times*, pág. 19.)

1814.—*Dibujo de* L. Letronne, grabado por Blasius Hoefel. (Es el mejor retrato de Beethoven; en la casa de Beethoven, en Bonn, está el ejemplar que él dedicó a Wegeler; reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 51.—*Musical Times*, pág. 21.

1815.—*Dibujo de* L. Letronne, grabado por Riedel. (Reproducido en *Die Musik,* pág. 1147.)

1815.—*Segundo retrato de Beethoven*, por Maehler. (Propiedad de Ign. von Gleichenstein, de Fribourg-en-Brisgau. Hay una reproducción en la casa de Beethoven, en Bonn.)

1815.—*Retrato de Beethoven*, por Christian Heckel. (Propiedad de J.-F. Heckel, de Man-

nheim. Hay una reproducción en la casa de Beethoven, en Bonn.)

1818.—*Grabado según el dibujo de Beethoven*, por Aug. von Kloeber. (Reproducido en el *Musical Times*, pág. 25.—El dibujo original de Kloeber está en la colección del Dr. Erich Prieger, en Bonn.)

1819.—*Retrato de Beethoven*, por Ferdinand Schimon. (Casa de Beethoven, en Bonn. Reproducido en *Die Musik*, pág. 1.149;—Frimmel, pág. 63;—*Musical Times*, pág. 29.)

1819.—*Retrato de Beethoven*, por K.-Joseph Stieler. (Propiedad de Alex. Meyer Cohn, de Berlin. Reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 71.)

1821.—*Busto de Beethoven*, por Anton Dietrich. (Propiedad de Léopold Schroetter, en

Kristelli. Hay una reproducción en la casa de Beethoven, en Bonn.)

1824-6.—*Caricaturas de Beethoven paseando*, por J.-P. Lyser. (Los originales están en la *Gesellschaft der Musikfreunde*, en Viena. Reproducidas en la biog. de Frimmel, pág. 67.—*Musical Times*, pág. 15.)

1823.—*Caricaturas de Beethoven paseando*, por Jos. van Boehm. Reproducidas en la biog. de Frimmel, pág. 70.

1823.—*Retrato de Beethoven*, por Waldmueller. (Propiedad de Breitkopf et Hærtel, Leipzig. Reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 72.)

1825-26.—*Dibujo de Beethoven*, por Stefan Decker. (Propiedad de Georg Decker, de Viena. Hay reproducciones en la casa de Beethoven, en Bonn.)

1826.—*Dibujo de B.* por A. Dietrich, litografiado por Jos. Kriehuber. (Reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 73.)

1826.—*Busto de Beethoven a lo clásico*, por Schaller. (Propiedad de la Sociedad filarmónica de Londres. Hay una copia en la casa de Beethoven, en Bonn. Reproducido en la biog. de Frimmel, pág. 74, y en el *Musical Times.)*

1827.—*Esbozo de Beethoven en su lecho de muerte*, por Jos. Danhauser. (Propiedad de A. Artaria, en Viena. Reproducido en la *Allgemeine Musik-Zeitung* del 19 de Abril de 1901.)

1827.—*Tres esbozos de Beethoven en su lecho de muerte*, por Teltscher. (Propiedad del Dr. Aug. Heymann. Publicados en la biog. de Frimmel. Reproducidos en el *Courrier musical* del 15 de Noviembre de 1909.)

1827.—*Máscara de Beethoven muerto*, vacia-

da por Danhauser. (Casa de Beethoven, en Bonn.)

Se han hecho, después de su muerte, innumerables retratos de Beethoven. La obra más notable que se le ha consagrado es el monumento de Max Klinger. (Viena, 1902).

FIN

NOTA DEL TRADUCTOR

ROMAIN *Rolland es, como se sabe, el menos* francés *de todos los escritores franceses de hoy. La antigua lengua neta de La Fontaine, o el nítido idioma actual de Anatole France, están bien lejos de este espíritu fogoso, que levanta su libro incorrecto sin rubor alguno porque está convencido de que, escribiéndolo con su sangre, ha creado un nuevo corazón. Hay entre ambas maneras de expresar, la diferencia que hay entre la estática armonía privilegiada de un abril sin vientos y la revolución atormentada de un diciembre mártir y pobre.*

Esta negligencia de la forma le viene a Romain Rolland, aparte de su temperamento—y como dice Paul Seippel en su excelente libro: Romain Rolland, l'homme et l'œuvre [1]—, *de Tolstoy, cuya carta:* «¿Qué es el arte?» *—4 de octubre*

[1] 1 vol. *Ollendorff*, Paris. *Payot*, Lausanne.

de 1887—, influye en Romain Rolland tan decisivamente con su desprecio del refinamiento literario, su amor a la vida, su absoluto respeto de la verdad, su deseo de dirigirse a todos los hombres, y, más que nada, su sentido religioso del arte que, dicho sea de paso, casa tan bien con el concepto elevado que de él tuvo Beethoven.

He procurado respetar, en lo posible, el estilo presuroso, sencillo y descuidado de Romain Rolland, en el que, a cambio del sacrificio de la pureza del lenguaje, queda desnuda la emoción, caliente y desencadenada. También he respetado su repetición constante de adjetivos—grande, triste, heroico, alegre—, y el modo suyo de escribir los nombres de personas y de cosas: lo que en el libro francés se ha dejado en alemán, va en alemán en la traducción; y lo que se ha traducido al francés allí, ha sido puesto aquí en castellano.



ÍNDICE

PENSAMIENTOS DE BEETHOVEN

BIBLIOGRAFÍA

GRABADOS:

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Serie I. Cuadernos de trabajo:

Con estos cuadernos de investigación, quisiera la Residencia contribuir a la labor científica española.

1. El sacrificio de la misa, por gonzalo de berceo. Edición de *Antonio G. Solalinde.* (Publicado.) 1,50 ptas.
2. Constituciones baiulie mirabeti (1328). Edición de *Galo Sánchez.* (Publicado.) 1,50 ptas.
3. Un profesor español del siglo xvi: juan lorenzo palmireno, por *Miguel Artigas.*
4. Baquilides. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera.*
5. El renacimiento en españa. Introducción metódica, por *Federico de Onís.*

Serie II. Ensayos:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. Meditaciones del quijote. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset.* (Publicado.) 3 ptas.
2. Al margen de los clásicos, por *Azorín.* (Publicado.) 3,50 ptas.
3. El protectorado francés en marruecos y sus enseñanzas para la acción española, por *Manuel González Hontoria.* (Publicado.) 4 ptas.
4. El licenciado vidriera, visto por *Azorín.* (Publicado). 3 ptas.
5. Diccionario filosófico portátil, por *Eugenio d'Ors.*
6. La universidad española, por *Federico de Onís.*
7. El arte español, por *Manuel B. Cossío.*
8. Meditación del escorial, por *J. Ortega y Gasset.*
9. La edad heroica, por *Luis de Zulueta.*
10. La epopeya castellana, por *Ramón Menéndez Pidal.*
11. El derecho internacional en la guerra grande, por *Gabriel Maura.*

12. Ensayos. Tomo I, por *Miguel de Unamuno.*

13. Un pueblecito, por *Azorín.*

14. Meditaciones del quijote. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset.*

Y otros de la Condesa de Pardo Bazán, Pío Baroja, Gabriel Alomar, N. Achúcarro, etc.

Serie III. Biografías:

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. Vida de beethoven, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.* (Publicado.) 3,50 ptas.

2. Vida de miguel angel, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.*

3. Vida de tolstoy, por *Romain Rolland.* Traducción de *Juan Ramón Jiménez.*

4. Vida de napoleón, por *Stendhal.* Traducción de *Antonio Machado.*

5. Vida de carlos xii, por *Voltaire.* Traducción de *E. Diez-Canedo.*

Serie IV. Varia:

La Residencia se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. De la amistad y del diálogo. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors.* (Agotado.)

2. Jean sébastien bach, auteur comique. Conférence faite à la Residencia de Estudiantes par *M. André Pirro.* (Publicado.) 1,50 ptas.

3. Aprendizaje y heroísmo. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes por *Eugenio d'Ors.* (Publicado.) 2 ptas.

4. Fiesta de aranjuez, en honor de azorín. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.

5. Disciplina y rebeldía. Lectura dada en la Residencia de Estudiantes, por *Federico de Onís.*

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 31 DE DICIEMBRE
DE 1915

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES: MADRID

ADMINISTRACIÓN

CALLE DEL PINAR

3,50 PTAS.

ROMAIN ROLLAND *VIDA DE BEETHOVEN* MADRID, MCMXV